

***LA BELLA  
AURORA***

**Lope de Vega**

## PERSONAS DEL PRIMER ACTO

CÉFALO.

FLORIS.

FABIO.

ELISA.

EL PRÍNCIPE DORISTEO.

PERSEO.

AURORA.

BELISA.

JULIO.

ANTEO, villanos.

UN GIGANTE.

FELICIO.

## ACTO PRIMERO

Salen Céfalo, de camino, y Floris.

CÉFALO Señora, fálteme Dios  
si hallo cosa en esta ausencia  
que pueda hacer resistencia  
al mal de faltarme vos.  
Y es para el alma tan fuerte,  
que su consideración  
no tiene comparación  
con el rigor de la muerte.  
Crece la tristeza mía  
con tanta violencia, amor,  
que en el temor y el dolor  
mil veces muero en un día.  
Yo llevo, en fin, de los dos  
mayor soledad agora,  
que no estáis sola, señora,  
acompañada de vos;  
que para comparación  
de que en dolor me igualáis,  
pues que vos con vos estáis,  
mayores mis males son.  
Dad ventaja a mi memoria  
de las penas que sentís,  
porque donde vos vivís,  
¿qué puede haber sino, gloria?  
Cesar la eterna armonía  
de las esferas del cielo,  
alma del sol, que en el suelo  
cuanto vive engendra y cría:  
Hacer eterna amistad  
los elementos, parece  
decir que haceros merece  
mi presencia soledad.  
No lo creáis, pensamiento;  
máteme cuerdo el pesar,

y no sin seso el pensar  
tan altos merecimientos.  
FLORIS Si es cumplir la obligación  
que a los discretos les dan  
el ser marido y galán,  
Céfalo, en esta ocasión,  
como ya propia mujer,  
viéndoos burlar y partir,  
pondré el cuidado, en sentir,  
no le pondré en responder:  
y no diré el sentimiento,  
si no es que celos me den  
para responder también  
vuestro mismo entendimiento.

Que dicen que suelen ser,  
con la fuerza del sentir,  
tan discretos en decir  
como necios en hacer.  
Sé que os vais, y que no es justo  
que me obligue lo que os culpa,  
porque no tiene disculpa  
quien se parte por su gusto.  
Y así, no quiero admitir  
lo que vos me podéis dar;  
que quien lo pudo excusar,  
¿cómo lo puede sentir?  
Y aunque galán presumáis  
quererme satisfacer,  
basta ser propia mujer  
para que no lo sintáis.

CÉFALO Vos habéis, mi bien, caído  
en yerro en que muchas dan,  
que no puede amar galán  
el que posee marido;  
porque la seguridad  
no quita fuerza al amor,  
que antes, en todo rigor,  
aumenta la voluntad;  
ni sé qué pueda tener  
de discreto ni de grave

el marido que no sabe  
ser galán de su mujer.  
Que adonde hay entendimiento  
y discurso de razón,  
una justa posesión  
no quita el merecimiento.

Que me parto por mi gusto  
niego, pues voy tan forzado  
cuanto sé que causa he dado,  
mi bien, a vuestro disgusto.

No presumáis tan cruel  
que mi amor en celos anda,  
pues el Príncipe me manda  
ir a esta caza con él.

¿Qué excusa pudiera dar  
que me pudiera valer?

Que de la propia mujer  
nunca se admite el pesar.  
Porque, fuera de perdelle,  
quedáramos mal los dos  
si dijera que por vos  
dejaba de obedecelle.

FLORIS La disculpa no os faltara  
si el gusto y la novedad  
para dejar la ciudad,  
a mis brazos no os forzara:  
mas no quiero daros pena,  
que me voy pasando a dama,  
cosa que la buena fama  
en mujer propia condena.

Y aunque al honor fuera impropia,  
¡ay Dios, quién supiera hacer  
que se pudiera perder  
esto de ser mujer propia!

CÉFALO ¡Oh, qué donaire tan grande!

¡Oh, qué imposible tan nuevo!

Salen Fabio y Elisa, criados.

FABIO Yo cumplo con lo que debo,  
si no es que quedar me mande.

ELISA Bien te supieras quedar

si me tuvieras amor.

FABIO No hay amor donde hay señor,  
ni quedar donde hay mandar.

ELISA ¿Otros criados no había?

FABIO No seas, Elisa, loca;  
que hay criados de la boca,  
que la sirven todo el día,  
que en dando todo señor  
en llamar siempre un criado,  
aquél es de su cuidado  
inmortal ejecutor.

CÉFALO ¿Es Fabio?

FABIO ¿Qué es lo que quieres?

CÉFALO ¿Qué hay de partida?

FABIO Que ya  
todo apercebido está.

FLORIS Fabio, cuidadoso eres.

FABIO Lo primero los rocines,  
aunque boca abajo están,  
relinchos por gracias dan  
que al campo los encamines;  
el tuyo el bocado muerde  
bañando el oro en espuma,  
ya papagayo sin pluma  
todo vestido de verde;  
porque sin las guarniciones,  
verdes por partes distintas,  
en crin y cola, mil cintas  
sirven de plumas y alones;  
yo llevo aquel bayo a quien  
cubre el enmaderamiento,  
un pellejo macilento  
por quien las tripas se ven.  
Si ves el rocín, señor,  
pensarás que han puesto allí  
un viejo guadamací  
a un banco de un herrador.  
¡Por Dios, que pienso que voy  
sobre la envidia a esta caza!

CÉFALO ¿No vas con gusto?

FABIO                          Mi plaza  
a quien la quisiere doy.

CÉFALO El correrá.

FABIO                          Poco o nada;

presto tus ojos lo vean,  
sino es que los ciervos sean  
hechos de paja y cebada.

De perros nos va mejor,  
galgos, sabuesos y bracos,  
grandes, chicos, gordos, flacos,  
que atados forman, señor,  
una capilla perruna  
en esa puerta, que es cosa  
insufrible.

CÉFALO                          Dulce esposa,  
yo voy corriendo fortuna  
en el mar de vuestros ojos;  
no me aneguéis de esa suerte,  
ni el sol que de ellos se vierte  
eclipse nubes de enojos.

Venid a verme partir  
pues tan presto he de volver.

FLORIS Temo que os he de perder,  
porque me suele decir  
el alma muchas verdades.

CÉFALO ¿Perder por ir a cazar  
a un monte? ¡Qué incierto mar  
para apartar voluntades!  
Venid, que el Príncipe espera.

FLORIS No me puedo consolar.

FABIOY ella no puede llorar.

ELISA Llorar ¡oh Fabio! quisiera;  
pero tengo el corazón  
encontrado con los ojos.

FABIO Pues pescados sin remojos  
secos, incomibles son;  
no llores si hay fe tan poca;  
que llorar y no sentir,  
es por los ojos mentir,  
que suele ser por la boca.

Salen el Príncipe de Tebas, DORISTEO, de caza, y PERSEO, privado suyo.

DORISTEO Si sabes qué es amor, sabrás, Perseo, que es siempre industrias todo.

PERSEO No sé de amor el modo, mas sé que amor es hijo del deseo, y que para gozar lo que desea, no hay imposible que difícil sea.

DORISTEO Adoro la divina prenda hermosa de Céfalo dichoso, imposible forzoso,

por ser, como lo es ya, su casta esposa:

hoy al campo le llevo

sin estimar lo que a mí mismo debo.

No a quitarle la vida, porque fuera quitársela a su esposa:

una industria amorosa

me enseña a que le deje en la ribera

del mar, o entre las selvas divertido,

para que vuelva a pretender su olvido;

favor pido al amor, Céfalo ausente,

que ausencias suelen darle:

no con dejar de amarle,

con menos quiero yo que me contente:

hábleme sólo a mí, sólo merezca

mi amor, que sin amarme le agradezca.

Dos ojos tiene el cielo: el verdadero

se llama el sol dorado;

con resplandor prestado

sale la luna; pues lo mismo quiero.

Quiera a Céfalo bien, ¡qué desvarío!

Y resplandor prestado será el mío.

PERSEO Si no supiera yo lo que es amarte,

divina Floris mía,

fuera vana porfía

sus experiencias presumir el arte;

el Príncipe te adora, y yo en secreto,

pero con esperanza a un mismo efeto.



Mas ¿quién tan atrevida y locamente  
al poder amoroso  
querrá oponer celoso  
su loco amor, si el Príncipe le siente?  
Porque no sólo la lealtad debida,  
que igual peligro correrá la vida.  
DORISTEO ¿Murmuras de mi loco pensamiento,  
o por ventura piensas  
que igualará defensas  
Floris a su amoroso atrevimiento?  
Pues ten por cierto (aunque parezca loco)  
que, a ser posible, le tuviera en poco.  
Armese Floris de desdén conmigo,  
cubra el hermoso cielo  
de cristalino hielo,  
y los dioses me dan mayor castigo  
que a quien hurtó su llama, que no puedo,  
tener menos amor ni mayor miedo.  
PERSEO Conmigo estás, señor, tan disculpado,  
que de este pensamiento  
a tu merecimiento,  
si no te conociera, hubiera dado  
aquel lugar que la naturaleza  
puso en tu sangre por mayor grandeza.  
Ama a Floris divina, al campo lleva  
a su engañado esposo;  
que amor es poderoso,  
y no es la industria en sus intentos nueva:  
de los dioses que adoras en su templo,  
los engaños de amor toman ejemplo.  
Coronados de flores, blanco Toro,  
pasó la mar a Europa,  
sin vela, o viento en popa,  
Júpiter, que otra vez en lluvia de oro  
transformado, gozó de Danae bella.  
DORISTEO Valed, engaños, mi amorosa estrella.

Salen CÉFALO y FABIO.

CÉFALO Déme, señor, Vuestra Alteza

los pies.

DORISTEO                    ¡Oh, Céfalo amigo!

¡Ay celos, de amor castigo!

¡Ay, soberana belleza!

¡Oh, qué gran favor me has hecho  
en quererme acompañar!

CÉFALO Esto es servirte, y mostrar  
que amor me debe tu pecho.

DORISTEO El ser tan recién casado,  
bien claro muestra que ha sido  
haberme favorecido  
y para siempre obligado.

Quedará Floris muy triste.

CÉFALO Es discreta, y vió que es justo  
servirte, porque en tu gusto  
todo el de los dos consiste;  
pero al fin, como mujer,  
en lágrimas...

DORISTEO ¡Qué rigor!

¡Quién las mereciera ver!

Pero lágrimas lloradas  
por otro amor fuego fueran,  
por más hermosas que hicieran  
tus estrellas enojadas.

Ahora bien, Céfalo, vamos;  
que ya nos llaman ausentes,  
las sombras entre las fuentes,  
y la caza entre los ramos:  
que yo también dejo a quien  
no siente mi ausencia menos;  
volveremos de amor llenos,  
y de despojos también.

Tú para dar a tu esposa,  
y yo a cierto desdén mío;  
que mucha venganza fío  
para la vuelta amorosa  
de esta ausencia, aunque ha de ser  
más breve de lo que piensas.

CÉFALO No hay para mi amor ofensas  
como no darte a entender

que aventurara por ti  
mayor bien, si mayor fuera,  
aunque mi esposa perdiera,  
que es el mayor que hay en mí.  
A los montes que me llevas  
y adonde Alcides bajó,  
iré por servirte yo;  
sólo quiero que me debas  
este amor, este deseo.

DORISTEO ¿Quién viene contigo?

CÉFALO Fabio;

que en dejarle hiciera agravio  
a su amor.

DORISTEO Así lo creo.

FABIO Déme tu Alteza los pies.

DORISTEO ¿Traes, Fabio, aquestos días  
aquel humor que solías?

que ha mucho que no me ves.

FABIO Señor, las cosas están  
de forma, o fueron mejores,  
que gastarán los humores,  
y aun la vida gastarán.

Perece el mundo, y no espero  
que ha de haber otro segundo.

DORISTEO ¿Cómo así?

FABIO Falta del mundo,  
el alma, que es el dinero.

No sé cómo pueda darte  
de esta sentencia el sentido;  
lo que estaba repartido,  
está todo en una parte.

No tiene la mocedad  
las costumbres que solía;  
la vejez niega y porfía  
las señales, y la edad:  
esto no entra bien aquí;  
de damas, el interés  
se ha vuelto amor.

DORISTEO Si así es,  
bien andará para mí

el mundo con sus mudanzas,  
pues podré, Floris, con oro,  
atrevido a tu decoro,  
esforzar mis esperanzas.

En fin es el interés  
muy poderoso.

FABIO                               Es de modo,  
que es dueño y señor de todo.

DORISTEO Muy justamente lo es;  
y a su ejemplo, esta cadena  
te has de poner.

FABIO                               Ya tenía  
otra mayor, que es la mía,  
de tus beneficios llena.

DORISTEO Fabio, Fabio, los criados  
todos sois murmuración,  
si por cualquiera ocasión  
nos veis de dar descuidados.

¡Ay de los señores, Fabio!  
Porque, en dejando de dar.  
cosa no sabéis hablar  
sin nuestra ofensa y agravio.

FABIO Si con aquesta pensión  
esta cadena me dabas,  
más intereses cobrabas  
que sus principales son:  
lo que yo decir quería  
no lo interpretaste bien,  
porque el interés también  
más altamente porfía:  
bien sé que dais, y que honráis,  
y sé, pero no te enojas  
que dais como los relojes,  
que no sabéis lo que dais;  
dad a un cuerdo, a un noble, a un sabio  
y daréis bien.

DORISTEO                               (Ahora bien, Aparte.  
yo quiero darte también  
por esas tres cosas, Fabio;)  
venme a hablar sin que te vea

Céfalo.

FABIO            Tu esclavo soy.

¿Qué es esto? Confuso estoy.

Algo el Príncipe desea.

Vanse.

Salen la ninfa AURORA, y BELISA, con arcos, velos y baqueros.

BELISA Amor menospreciado,  
venganzas apercibe.

AURORA De quien segura vive,  
no se verá vengado;  
que él deseos tira,  
que no con arco y flechas, que es mentira  
pues esos reportados  
con cuidados que velan,  
cuando más se revelan,  
¿cómo serán cuidados?  
si el amor es deseo,  
haced que el alma ignore lo que veo.

BELISA Pues cuando ven los ojos  
lo que es digno de amarse,  
¿Puede el alma ocultarse  
para no darle enojos?  
Mas ignoras con arte  
que el alma está del todo en toda parte.

Desengáñate, Aurora,  
que el alma es la primera,  
que lo que considera,  
por los ojos adora;  
sin consultarla, o casta, o amorosa.

AURORA Belisa, yo te digo  
que, si ella se resiste,  
que nunca la conquiste  
pensamiento enemigo:  
donde ella no consiente,  
ni el gusto obliga, ni el sentido siente.  
La dulce compañía  
de la casta Diana,  
desde que la mañana

abre, la puerta al día,  
hasta que se la cierra  
la oscura hija de la helada tierra,  
es gloria, es alegría  
de un casto y libre pecho,  
que no ha pagado pecho  
a humana compañía;  
allá, por las ciudades  
hay mujeres que entienden voluntades.  
Aquí, seguir las fieras  
por selvas enramadas,  
a veces avisadas  
de las aves parleras,  
es el mayor contento  
que puede presumir el pensamiento.  
Ver bañar una siesta  
a la bella Diana,  
adonde planta humana  
ni llega, ni molesta;  
tan blanca y transparente,  
que parece figura de la fuente;  
y de ninfas cercada,  
como luna de estrellas,  
celebra las más bellas,  
después de ser de todas envidiada.  
¡Qué diversa escultura  
descubre sin el velo la hermosura!  
Es vida más contenta  
por estas soledades,  
que cuantas las ciudades  
que el loco vulgo aumenta  
dan al entendimiento;  
que amor, ¿cuándo no fue pena y tormento?

Salen dos villanos: JULIO y ANTEO.

JULIO Todo queda apercebido;  
no falta sino que venga.  
ANTEO Feliz monte cuando tenga  
rey tan amado y querido,

que le quiere de manera,  
sin haber visto su cara,  
que para que me matara,  
quisiera volverme fiera.

Dos veces esta mañana  
salí a ver si viene ya.

JULIO Quedo, que están por acá  
dos Nínfolas de Diana.

ANTEO ¿Mirarélas?

JULIO No sé, a fe;  
dicen que vuelven cochinos  
los hombres.

ANTEO ¡Qué desatinos!  
No hacen mal, Julio.

JULIO Pues ¿qué?

ANTEO Si las van a ver desnudas,  
vuelven los hombres venados,  
que por eso en nuestros prados  
hay tantas seguras mudas;  
mas si los hombres no son  
bachilleres y atrevidos,  
los dejan con sus sentidos,  
sin hacer transformación.

AURORA ¡Labradores!

ANTEO ¡Santo cielo!

AURORA ¿De qué andáis alborotados?

ANTEO Nínfolas que en estos prados  
habitáis en mortal velo,  
sabed que viene a cazar  
hoy el Príncipe de Tebas.

AURORA Pues, ¡tomad por esas nuevas!

JULIO ¡Ay, que nos quieren tirar!

ANTEO ¡Huye, Julio!

JULIO ¡Corre, Anteo!

ANTEO ¡Ah, borrachas!

BELISA ¡Cuáles van!

AURORA ¡Qué poco de verme dan  
estos tebanos deseo!

BELISA El Príncipe es alabado  
de hermoso.

AURORA                    No hay igualdad  
con la hermosa libertad  
de un corazón descuidado.

BELISA   Luego ¿no, le piensas ver?

AURORA   ¿Yo ver hombres en mi vida?

BELISA   Desde aquí, Aurora, escondida,  
¿en qué se puede ofender  
nuestra señora. Diana?

Mira que en este rüido  
se conoce que han venido.

AURORAA lo que tengo de humana  
piden los ojos su parte.

Dentro.

¡To, to! Por acá, Melampo.

BELISA   De gritos se vuelve el campo  
sabrosa imagen de Marte.

Salen CÉFALO y FABIO con venablos.

CÉFALO   ¡Qué notables espesuras!

FABIO   Nunca mayores las vi.

BELISA   Escondámonos aquí  
para mirarlos seguros.

CÉFALO   No ha tocado el sol más claro  
sus arenas plateadas.

AURORA   Estas zarzas intrincadas  
nos servirán de reparo.

Escóndense.

CÉFALO   ¿Dónde el Príncipe quedó?

FABIO   Siguiendo va por la selva  
un jabalí que al de Adonis  
imitaba en la fiereza.

Yo, en viéndole los colmillos,  
hice broquel de una peña;  
que todo animal que muerde,  
es como veneno en flecha.



También hay en la ciudad  
jabalíes que penetran  
honras con dientes de envidia,  
de los cuales no aprovecha  
guardarse el más recatado;  
mas como de aquésta pueda,  
es necedad arrogante.

CÉFALO Son las domésticas fieras  
las que dan más ocasión  
a que los hombres las teman.  
Las de esta selva son muchas:  
temo que el Príncipe quiera  
salir tan presto de aquí.

FABIO Ten, señor, por cosa cierta  
que saldrá presto si ama.

CÉFALO Si él amara, no viniera  
a los montes, en que olvidan  
los que aborrecer desean.

FABIO ¿Qué sabes tú si hay agravio  
que obligarle a olvidar pueda?  
Pero no se aplican bien  
a la caza estas materias.

Mira dónde has de pasar  
el sol de esta ardiente siesta:  
¿qué ladra el perro del cielo  
a las vecinas estrellas?

CÉFALO Esta fuente, Fabio amigo,  
donde encajara un poeta  
esto de planta sonora,  
cristal vivo, voz de perlas,  
a quien hacen verde toldo  
los alisos que la cercan:  
como laurel de su margen  
y sombra de sus arenas,  
con dulcísima armonía  
es cítara de estas selvas,  
adonde a versos las aves  
historias de amor alternan;  
ello nos llama; no es bien,  
cansados, buscar por ellas

más frescura que sus aguas,  
más alfombra que su hierba:  
ríndete aquí.

FABIO                            ¡Por Apolo,  
que presumo que durmiera,  
no digo al son desta fuente,  
que parece que se queja,  
pero en un trillo por cama,  
y por algodón sus piedras.  
Aquí mi venablo arrimo.

CÉFALO Aura, mis ojos refresca.

FABIO ¿Quién es Aura?

CÉFALO                            El viento manso  
que por estas hojas suena.

En echándose, salgan AURORA y BELISA.

BELISA ¿Qué te parece?

AURORA                            No he visto,

Belisa, mayor belleza:

¿es posible que son tales  
todos los hombres de Tebas?

BELISA Si del primero que has visto

te agradas desta manera,

¿para qué, de amor burlando,

mostrabas tanta aspereza?

AURORA ¿No has visto hablar de la mar

los que no han entrado en ella?

¿No has visto la valentía

de quien nunca vio la guerra?

Pues así yo blasonaba

de las hondas y armas fieras,

hasta que vi sus peligros

y conocí sus tormentas:

por cierto, el hombre es gallardo;

presumo que si le viera

la misma casta Diana...

BELISA Tente, Aurora, no lo sepa.

AURORA Ahora bien, voyme de aquí

antes que el hombre nos sienta;

pero no, vuelve; ¿qué importa  
cuando nos hable y nos vea?

Pero ¿soy yo la que digo,  
Belisa, cosas como éstas?

BELISA Déjame mirar a mí  
el que, con menos nobleza,  
acompaña al que tú miras.

AURORA Mírale presto, y no seas  
causa que despierte acaso.

BELISA ¡Buena traza!

AURORA                           Pues si es buena,  
para él será lo mejor.

¡Huye!

BELISA                   Vamos.

AURORA                           Pero espera;  
que, aunque es gran diosa Diana,  
dicen que es más fuerte que ella  
Venus, y que le ha mandado  
que sus secretos no entienda  
Júpiter, porque el amor  
todas las cosas aumenta,  
y no quiere que los dioses  
puedan impedir que crezcan.

Volvamos a ver el hombre.

BELISA Como pájaro, te enreda.  
mientras más piensas que huyes,  
la liga de su belleza.

AURORA ¿Cómo le podré yo hablar?

BELISA No podrás si no despierta.

AURORA Pues ¿cómo haremos ruido?

BELISA Finjamos algunas quejas.

AURORA ¡Ay, qué terrible león!

¡Valedme Venus, Minerva,  
Palas!

BELISA                   ¡No hay quién nos socorra!

CÉFALO Fabio, ¿qué voces son éstas?

FABIO Toma, señor, tu venablo.

AURORA ¡Por Marte que nos defiendas,  
mancebo, en tus fuertes brazos  
de la furia de esta fiera!

CÉFALO ¿Por dónde va?

AURORA ¿Qué virtud  
tienes, señor, contra ellas,  
que en viéndote huyó?

FABIO Las ramas  
por aquella parte suenan.

AURORA ¡Yo me desmayo!

CÉFALO ¡Hola, Fabio!

¡Agua!

FABIO De allí se despeña  
una ninfa de cristal.

CÉFALO Señora, ¿tanta flaqueza,  
siendo de estas selvas ninfa,  
siendo cielo de esta tierra?

AURORA Ya estoy en mí.

FABIO Pues el agua  
algún ninfo se la beba;  
que en las selvas es el vino  
elemento de más fuerza.

CÉFALO Vos os desmayáis de ver  
las fieras; mayor flaqueza  
es el desmayarse un hombre  
mirando las rosas bellas.

AURORA ¿Quién sois, señor?

CÉFALO He venido  
con el Príncipe de Tebas  
a estos bosques a cazar;  
perdíme esta ardiente siesta  
de los demás caballeros.

AURORA Vuestro disgusto me pesa;  
pero porque este favor  
(aunque para tanta deuda,  
si bien con gran voluntad,  
será la paga pequeña)  
agradecer pueda en algo,  
venid donde daros pueda  
en que podáis descansar.

CÉFALO Transformándome en estrella,  
fuera a gozar de ese cielo;  
mas, ¿cómo tanta bajeza

ocupará tal lugar?

AURORA Esa humildad fuera buena  
en otros merecimientos,  
mas no en la nobleza vuestra,  
que bien se ve en vuestro rostro.

Detrás de aquesta arboleda,  
adonde están más casados  
los álamos y las yedras,  
yace un palacio en que vive,  
a cuya vistosa puerta  
forman linteles y jambas  
las enramadas cabezas  
de ciervos de aquestos montes,  
y las forcejadas testas  
de jabalíes y osos;  
porque sirve su fiereza  
de rústica arquitectura.

Vamos; estaréis en ella  
hasta que decline el sol  
y el Occidente se vea  
vestido de azules nubes.

CÉFALO Ya es fuerza que os obedezca,  
porque, como a las deidades  
que estas montañas respetan,  
os tengo en veneración.

AURORA Yo agradezco la obediencia.  
¿El nombre?

CÉFALO Céfalo es;  
¿y el vuestro?

AURORA No tengan  
más bella aurora mis ojos  
siempre que el cielo amanezca.

FABIO ¿Y yo tengo de ir allá?

BELISA Pues ¿no ve que si se queda  
le harán aquí mil pedazos  
de aqueste monte las fieras,  
y que hay en estos sagrados  
bosques figuras diversas  
de sátiros y de faunos?

FABIO ¡Por Dios, mala gente es esa!

BELISA ¿Cómo es su nombre?

FABIO Mi nombre  
por una parte comienza  
de la música.

BELISA ¿Es el ut?

FABIO No es el ut.

BELISA ¿El re?

FABIO No acierta.

BELISA Apostaré que es el mi.

FABIO Pase adelante dos letras.

BELISA ¿Es el fa?

FABIO Fabio me llamo.

BELISA Humor gastas.

FABIO Bien quisiera:

¿cómo se llama?

BELISA Belisa

porque no se desvanezca.

FABIO ¿Belisa de golpe?

BELISA Sí.

Y sígame, por que tenga  
menos calor, hasta tanto  
que el sol antípoda sea.

FABIO Pienso que vamos vendidos;  
que nunca los hombres llevan  
más peligro que tratando  
con mujeres bachilleras.

Salen el príncipe DORISTEO y PERSEO, de noche.

DORISTEO Noche de amor, amparo, norte y guía,  
secretaria de todos sus secretos,  
muda enemiga del parlero día,  
madre de pensamientos y concetos;  
de celos y de honor secreta espía,  
indiferente a necios y a discretos;  
en fin, noche que callas cuando mira  
el cielo con más ojos tu mentira.  
Mientras que la verdad de la mañana  
descubre engaños, y en el campo flores,  
y en estrados de raso azul y grana

sale a juzgar el sol causas mayores,  
permite que en otra alba soberana  
sin celos amanezcan mis amores;  
pues no le faltará blando rocío,  
quinta esencia de amor, al fuego mío.  
Dejo los montes, y dejando en ellos  
también mis celos, vengo a ver tus puertas,  
hermosa Floris, que a tus ojos bellos  
traigo una vida entre esperanzas muertas  
recoge, si salieres, tus cabellos,  
si tanto amor los mereciere abiertos;  
que si piensa la noche que es el día,  
en Tebas se sabrá la pasión mía.

PERSEO Si tuviera tu amor, y si tuviera,  
Príncipe, tu poder, yo me arrojara  
donde la fuerza más lugar mediera,  
y de penas injustas me excusara;  
Júpiter por ejemplo me sirviera,  
y en lluvia de oro por la torre entrara;  
que por su gusto un Príncipe mancebo,  
¿por qué no puede ser Júpiter nuevo?  
Ven con armas aquí, rompe, derriba,  
pues ya en el campo su marido ausente,  
ninguna cosa de gozar te priva  
la hermosura de Floris.

DORISTEO Necio, tente,  
y nunca amor permita que se escriba  
de un hombre como yo que fui insolente;  
porque los altos poderosos dueños,  
el espejo han de ser de los pequeños:  
pues ¿cuál entendimiento enamorado  
brazos buscó sin ser correspondido?  
¿A quién pudo mover un rostro airado,  
de forzadas colores encendido?  
Quieren gustos de amor un mismo agrado,  
un mismo sentimiento consentido;  
porque en disgustos pretender contentos,  
es tañer, sin templar, dos instrumentos:  
llama, Perseo, y déjame que intente  
el olvido primero de su esposo.

PERSEO Ya he llamado, y responden tibiamente.

DORISTEO Llama con voces de mi amor celoso.

ELISA en alto.

ELISA ¿Quién llama a tales horas?

DORISTEO Ya el Oriente

abrió la puerta a Febo luminoso;  
di, Elisa, que es el Príncipe de Tebas,  
bien triste de traer tan tristes nuevas.

FLORIS en alto.

FLORIS ¿Qué es esto, gran señor?

DORISTEO Mandad, señora,  
que abran la puerta.

FLORIS No será posible

Céfalo ausente.

DORISTEO Bien podéis agora;  
yo soy quien soy.

FLORIS Yo soy un imposible.

DORISTEO La cortesía que valor desdora,  
¿dónde vive el honor tan invencible?

FLORIS ¿Qué me podéis querer mi dueño ausente?

DORISTEO ¿Téngolo de decir públicamente?

FLORIS Pues cosa que no puede ser tan clara  
yo no la escucharé.

DORISTEO ¡Brava aspereza!

¿Pensáis que os tengo amor?

FLORIS ¿Quién tal pensara?

DORISTEO Bien pudiera por vos tanta belleza.

FLORIS Los criados no es gente que repara  
en la seguridad ni en la nobleza;

los que saben que son siempre testigos,

los llaman los primeros enemigos;

pero ¿que puede ser que no se pueda  
decir menos que abriendo a tales horas?

DORISTEO Quisiera yo, pues a mi cuenta queda,  
darte consuelos de dolor que ignoras:

tu gran lealtad mañana me conceda,



si aquesta noche tu marido lloras,  
que te venga a decir de qué manera  
murió en el monte a manos de una fiera.

FLORIS ¡Ay! mísera de mí, no me engañaba  
el alma en tanto mal!

PERSEO   Quitóse, o creo  
que cayó de la reja donde estaba;  
pero ¿qué es lo que intenta tu deseo?

DORISTEO Que le olvide no más.

PERSEO   ¿Y si no acaba  
de olvidarle jamás?

DORISTEO    Mira, Perseo:  
si un vivo ausente lo que ves padece,  
el que no ha de volver, ¿qué se merece?

PERSEO Pues, ¿él no volverá?

DORISTEO   No, que yo tengo  
ordenado a Tancredo y a Lidoro  
que le detenga, sin decir que vengo  
a la ciudad y a ver el sol que adoro.  
iré y vendré, si a Céfalo entretengo,  
guardando a su nobleza igual decoro.

PERSEO Terribles voces dan.

DORISTEO   Ven, no me espanto;  
la nueva es falsa y verdadero el llanto.

Salen FABIO y BELISA.

FABIO Si algún amor me has debido,  
que más es que algún amor,  
di, ¿qué laberinto ha sido  
este de tanto rigor,  
Belisa, en que estoy metido?  
¿En qué palacio encantado.  
si bien es tan regalado,  
mi señor y yo vivimos,  
si por una hora venimos  
y un siglo habemos estado?

BELISA ¿Un siglo te ha parecido?

FABIO Con las cosas que aquí veo  
estoy tan desvanecido,

que he pensado, y aun lo creo,  
que há mil que habemos venido.  
Todo es salas y aposentos,  
dorados los pavimentos,  
y los techos de cristal,  
con pintura celestial  
en paredes y cimientos;  
todo es camas de labores  
extrañas, ricos estrados,  
donde parecen, con flores  
varias, pedazos de prados  
las alfombras de colores:  
todo es jardines y fuentes,  
cuyas sonoras corrientes  
caminan sendas de arena,  
con larga espaciosa vena,  
por mil cuadros diferentes.  
Y componen sus labores  
flores de tales colores  
y con tanta actividad,  
que parece que es verdad  
que hay elemento de flores,  
tanta flor, tanta violeta,  
cristales y oro verás,  
plata y perla tan perfeta,  
que no es posible haber más  
en la frente de un poeta.

¿Qué es esto, Belisa?

BELISA

Fabio,

el tebano, tu señor,  
es gallardo, es fuerte, es sabio;  
los que merecen amor,  
también merecen agravio.  
Nunca verás hombre feo,  
necio e indigno, querido;  
el ser tal movió el deseo  
de Aurora; la Aurora ha sido  
digna de su hermoso empleo.  
El palacio es del Aurora,  
ninfa que el sol enamora

y que, amándola, porfía  
a seguirla cada día,  
y con sus rayos la dora  
Ella, aunque cada mañana  
lo espera en camas de grana,  
de diamantes y zafiros,  
da por Céfalos suspiros,  
aunque es hermosura humana.

¿Ves las perlas y el cristal  
que llueve el cielo al Aurora?  
Pues es, con ser desigual,  
que por su Céfalos llora  
y que a su sol quiere mal.

Ella le tiene encantado  
y de la caza olvidado,  
dándole favor Diana.

FABIO Si Diana fue liviana,  
el mundo vive engañado;  
casta por nombre tenía,  
aunque cierto tropezón  
me dicen que tuvo un día  
con aquel Endimión  
que en sus manguantes dormía.

¡Oh, cuántas, con ser tan diosas,  
tienen flaquezas humanas!

BELISA Fabio, en todas estas cosas  
calla; que las lenguas vanas  
nunca fueron provechosas.

Mira que es santo el callar  
y que, en llegando a contar  
a tu dueño lo que digo.  
te ha de venir el castigo  
en este mismo lugar.

FABIO Temblando estoy; no he topado,  
Belisa mía, en los días  
que en este palacio he estado,  
sino sátiras y arpías  
que en su lengua me han hablado.

No sé por dónde me trujo  
a este monte mi fortuna;

que si a tratar me redujo,  
Belisa, gente cabruna,  
yo he de salir mono o brujo.  
BELISA Calla; mira que el hablar  
llaman veneno los sabios,  
que a muchos suele matar.  
FABIO Yo me coseré los labios;  
pero déjame quejar.

Salen CÉFALO y AURORA.

AURORA No me puedo detener,  
Diana a llamar me envía.  
CÉFALO No es posible que me quieras,  
pues ausentarte porfías.  
Ya que de mi propio ser,  
hermosa Aurora, me olvidas,  
no me dejes; que de celos,  
la vida, el gusto me quitas.  
¿Antes que el cielo amanezca  
de mi lado te desvías?  
¿Dónde, Aurora, te levantas?  
¿Cómo, señora, no miras  
que el mayor gusto de un hombre  
que adora mujer o amiga,  
es, en abriendo los ojos,  
decirle: «Amor, buenos días»;  
mirar cómo abre los suyos,  
y le mira, vuelta en risa  
la bella boca, y le dice:  
«Buenos los tengas, mi vida»  
Tú, con irte de mis brazos,  
de tan alto bien me privas;  
¿dónde vas tantas mañanas  
destocada y mal vestida?  
Vuelvo a verte, y no te hallo;  
lloro de amor y de envidia  
del dichoso que te lleva.  
AURORA ¡Que engañada celosía!  
¿No ves que, si me estuviese

entre tus brazos dormida,  
siendo el Aurora, que el sol  
a la tierra no saldría?  
Yo voy por él, y a correr  
de su cama las cortinas,  
para que el mundo amanezca,  
que ¡por tu vida y la mía!  
que las perlas, que las flores,  
beben cuando ya se libran  
de la prisión de la noche,  
en que estuvieron marchitas;  
son lágrimas que me debes.

FABIO ¡Qué mal hace quien camina!  
pobre sol, que con ser sol,  
sólo porque cada día  
anda en estas ocasiones,  
cervales rayos le crían.

AURORA Déjame, mi bien, pues sabes  
la verdad; que con más prisa  
que voy volveré a tus brazos.

CÉFALO Parte, y déjame sin vida.

AURORA Ven, Belisa, que ha media hora  
que la noche fugitiva  
se atreve al sol por mi causa.

BELISA Siguiéndote voy.

AURORA Camina.

CÉFALO ¿Qué es esto, Fabio?

FABIO Ay, señor!

Desdichas tuyas y mías;  
aquí estamos encantados.

CÉFALO ¿Qué dices?

FABIO Pues ¿no imaginas  
que te han quitado el amor  
de tu esposa y tu familia?

CÉFALO ¿De qué lo sabes?

FABIO Aquí  
me lo ha contado Belisa.

CÉFALO Encantado estoy.

FABIO Señor,  
advierte que Aurora es ninfa

de Diana, y le ha pedido  
favor.

CÉFALO            Todo eso es mentira,  
porque la casta Diana  
no trae en su compañía  
ninfas que con hombres duerman.

FABIO Si a Diana llaman trina,  
será casta cuando es luna;  
la luna es húmeda y cría,  
mas en la tierra es Diana,  
y en el centro Proserpina:  
tales vemos las mujeres,  
que por la nobleza altivas,  
en la condición son flacas.

CÉFALO Pues déjame que la siga,  
pues he de ver si el sol sale  
como ella dice.

Vase Céfalo.

FABIO                    No pidas  
desengaños a los celos,  
que ejecutan más que fían;  
él va mirando las nubes,  
que es natural fantasía  
de hombre que ama. ¿Qué es aquesto?  
Abrió la tierra una mina;  
parece que pare un hombre.

Toquen una caja.

Con los dolores suspira:  
¡muerto soy! ¡Qué gran gigante!

Salga un gigante por un hueco del teatro.

GIGANTE Hombre que en Tebas habitas,  
¿sabes dónde estás?

FABIO                    Señor,  
no ha mucho que lo, sabía;

ya he perdido la memoria.

GIGANTE Cuando a un parlero le avisan  
de que no diga un secreto  
y la palabra le obliga,  
¿qué espera el tal hablador,  
y más cuando es la ofendida  
persona tan principal?

FABIO Señor, si en toda mi vida  
dijere cosa que vea,  
aun de personas indignas,  
que me entierren donde estás;  
súbase la tiranía  
adonde le diere gusto;  
ande el poder homicida  
quitando vidas sin causa;  
las letras desnudas vivan;  
pida por Dios el ingenio,  
y la necedad se vista  
telas de Persia, y esconda  
el oro de las dos Indias;  
haya estrellas en la arena,  
y cardos en donde habitan  
los dioses; el más cobarde  
se asiente en la esfera quinta,  
y el más valiente a sus pies;  
hable la lisonja y sirva;  
den palos a la verdad  
y premios a la mentira;  
pueda el que tiene dineros,  
y el que no, pueda desdichas;  
que no hablaré más palabra.

GIGANTE Jura en el cetro que miras  
del gran dios Demogorgón.

FABIO Señor Gorgón, si en mi vida  
dijere cosa que vea,  
hagan los dioses salchichas  
de este cuerpo desdichado.

GIGANTE Tú verás si te castigan.

Métase por donde salió.

FABIO ¡Lo que ha menester saber  
un hombre para que viva!  
Finalmente, no hay que hablar  
si se cae el cielo encima:  
el que es discreto, silencio,  
y ande lo de abajo arriba;  
que si muere en pie el conejo,  
es no más de porque chilla.



## ACTO SEGUNDO

Salen el príncipe DORISTEO y PERSEO.

DORISTEO Notables cosas hace la fortuna,  
si a la fortuna se ha de dar la causa.

PERSEO La nueva fue fingida, y vez alguna  
pronostica verdad.

DORISTEO ¿De qué se causa?

PERSEO Si el alma con avisos importuna,  
y no le ponen accidentes pausa,  
por lo que participa de divina,  
a pretender remedio el dueño inclina.

DORISTEO Dije a la bella Floris que quedaba  
su esposo muerto a manos de una fiera  
cuando con más salud solicitaba  
la caza por el monte y la ribera;  
y aunque mi amor (fingiendo) la engañaba,  
la mentira salió tan verdadera  
que ha un año y más que Céfalo, perdido,  
pasó las aguas del eterno olvido.

Mas otro tanto tiempo mi esperanza  
padece su crueldad, sin ser posible  
entrar en su firmeza la mudanza.

¡Oh, gran lealtad, mas condición terrible!

¡Qué falsa fue, Perseo, mi esperanza!

Porque dura montaña inaccesible,  
del peñasco de Sísifo cargado,  
llevo en los hombros mi mortal cuidado.

Sale la noche y cubre los mortales  
de sueño y de temor, y yo despierto  
a idolatrar de Floris los umbrales,  
y parezco dormido en estar muerto.

Sale de los palacios orientales  
la fresca Aurora, envuelta en velo incierto,  
y hallándome a su puerta, al sol avisa  
que para ver mi amor se dé más prisa.

Sale el dorado sol; no sale a verme,  
sino para que venga a retirarme

de acción tan loca; en tanto Floris duerme descuidada de verme y remediarme.

¿De qué esperanzas puedo yo valerme, o qué mayor crueldad desengañarme?

Yo, en tanta confusión, morir me veo si no muere primero mi deseo.

PERSEO Tratemos, si a tu Alteza le parece, casar a Floris.

DORISTEO Si a un marido muerto guarda la fe que a su memoria ofrece, con el vivo su amor será más cierto.

PERSEO Si el marido, señor, su fe merece, será sin duda pensamiento incierto; pero siendo el marido de tu mano, no podrá ser tu pensamiento vano.

DORISTEO Luego ¿ha de ser fingido el casamiento?

PERSEOY de manera que la noche propia ocupes su lugar.

DORISTEO Sabrá mi intento, y para mi opinión es cosa impropia.

PERSEO Yo quiero, pues te he dado el pensamiento de alguna historia verdadera copia, ser su fingido esposo.

DORISTEO Agora veo tu fe, tu amor y tu lealtad, Perseo.

Ejecuta la industria más discreta que ha visto el ciego amor, y reina luego; que no hay otra esperanza que prometa fin a mis penas y a mi amor sosiego.

PERSEO ¿Llamo?

DORISTEO Bien puedes.

PERSEO Si la boda aceta la bella Floris, en amor tan ciego no espere Doristeo de este engaño hallar provecho, porque soy su daño.

Salen FLORIS y ELISA.

ELISA A mucho, Floris, te atreves.

FLORIS No puedo ser descortés.

DORISTEO Ya mueve en los blancos pies  
dos cristales y dos nieves.

PERSEO Siempre los que amáis pensáis  
desatinos semejantes.

DORISTEO En estrellas de diamantes  
de a cinco rayos andáis.

PERSEO ¡Que esto no entienda mi amor,  
enfermo del mismo mal!

DORISTEO Hermosura celestial,  
de hablaros tengo temor.

FLORIS No le tenga Vuestra Alteza  
de quien a sus pies está.

DORISTEO Quedo, que se correrá  
la misma naturaleza;

no os hizo a vos, para ser  
humilde a ninguna cosa,  
mortal; antes como a diosa  
os tengo de obedecer.

Días ha que no salís,  
días ha que nadie os ve;  
ya, Floris, pasó, ya fue  
lo que lloráis y sentís.

Tiempo es ya de descansar  
de penas que no agradecen  
los muertos, ni las merecen,  
pues no las han de pagar.

Diréis que aboga por mí  
mi amoroso pensamiento;  
ya, Floris, es otro intento  
con el que he venido aquí.

Que, viendo vuestra firmeza,  
mudé amor por no querer  
contra violencia vencer  
tan desdeñosa belleza;  
y ya sólo vive en mí  
la opinión de vuestro honor;  
que si la ofendió mi amor,  
no se ha de quedar así.

¡Vive Júpiter sagrado  
que os he de restituir

cuanto se puede mentir  
de un poderoso cuidado!  
Yo os he casado; mirad  
si deseo vuestro honor;  
Perseo os tenía amor  
por gusto de mi amistad:  
bien os empleáis en él;  
yo quiero ser el padrino.  
FLORIS Por cierto que os imagino  
cruel conmigo y con él:  
conmigo, pues intentáis  
quitarme tan justa pena;  
y con él, pues de amor llena  
el alma, a otro amor me dais.  
Porque si habéis intentado  
quitarme a un amigo esposo,  
¿qué habéis de hacer, poderoso,  
sino quitarme a un criado?  
¿Es éste acaso el intento  
con que habéis venido aquí?  
¿Concertáis los dos así  
este injusto casamiento?  
Pues cuando fuérades vos,  
que no digo yo Perseo,  
os igualara el deseo,  
y el mismo amor de los dos.  
Yo fui de Céfalo; yo  
soy de Céfalo, y seré  
de Céfalo, que esta fe  
no murió cuando él murió.  
Ella vive, y vive en mí  
Céfalo, ni ha de tener  
otro dueño a quien querer  
alma que una vez rendí.  
No soy yo de las mujeres  
que piensan más de una vez,  
y vos mismo sois jüez  
en amorosos placeres.  
Aquella que allí pasó,  
pasa en la memoria en mí;

si a Céfalo dije sí,  
diré a todo el mundo no.  
DORISTEO Floris, no es esto lealtad,  
mas causa engendra este efeto;  
¡por mi vida, que hay secreto  
que engaña con la verdad!  
Y perdonad que, cansado  
de tan necia resistencia,  
no remito a vuestra ausencia  
lo que de vos he pensado.  
Aquí hay oculta persona  
que en secreto os entretiene;  
yo sabré por dónde viene,  
quién le ayuda y quién le abona,  
aunque, si acaso es criado,  
tendrá más dificultad.  
FLORIS Respetar la majestad  
a escucharos me ha obligado;  
pero ¡quién pensar pudiera  
que, contra mi honestidad,  
tan injusta libertad  
en vuestro valor cupiera!  
En viendo que una mujer  
se conserva sola y casta,  
y que el interés no basta  
para poderla vencer,  
luego decís que hay secreto  
de criado o de galán,  
o que por ventura están  
con miedo de algún defeto.  
Decís que por encubrir  
faltas secretas son buenas,  
por ver si con estas penas  
se quisiesen descubrir.  
Cansadas tretas, ¡por Dios!,  
para probar la firmeza,  
e indignas de la nobleza  
de un Príncipe como vos.  
Y para no proceder  
adelante en enojaros,

porque quiero perdonaros  
y no me quiero ofender,  
dadme licencia...

DORISTEO Esperad.  
FLORIS No puedo escuchar agravios;  
demás que los reyes sabios  
siempre honraron la verdad.

Vase.

DORISTEO Oye, Elisa.  
ELISA Yo, ¿qué puedo?  
DORISTEO Dile a esa cruel que soy  
el Príncipe, y di que estoy  
tal que a mí me tengo miedo.  
ELISA Vos haréis como señor,  
estimando la lealtad  
de esta mujer.

Vase.

DORISTEO Perdonad,  
obligaciones de honor,  
que voy a hacer desatinos.  
PERSEO ¡Terrible crueldad!  
DORISTEO De suerte  
que solicita mi muerte  
su honor con rayos divinos;  
mas yo he de hacer, o perderme,  
que antes que ella pueda hacer  
que me canse de querer,  
se canse de aborrecerme.

Salen CÉFALO y FABIO.

CÉFALO ¿Qué dices, Fabio? ¿Es posible  
que ha un año que estoy aquí?  
FABIO Digo mil veces que sí.  
CÉFALO Fabio, parece imposible.  
FABIO Dos veces en el Carnero

que pinta la astrología  
he visto el sol desde el día  
que aquí llegamos.

CÉFALO ¿Qué espero,  
sino que eterna prisión  
sepulte, Fabio, mis años?

FABIO La causa de estos engaños  
amores y hechizos son.

CÉFALO ¿Aurora hechicera?

FABIO Sí.

CÉFALO Pues tan hermosa, ¿se vale  
de otras cosas?

FABIO No te sale  
del alma el amor a ti.

Y cuando alguna mujer  
que pagan su amor no alcanza,  
o por gusto, o por venganza,  
de esto se suele valer;  
si suspiras, si estás triste,  
¿qué te espanta?

CÉFALO ¿Cómo puedo  
dejar de sentir, si quedo  
sin el cielo en que me viste?

FABIO No me atrevo muchas veces,  
Céfalo, a desengañarte;  
que tengo para avisarte  
muchos ojos por jüeces.

La noche que te advertí  
de cosas que no sabías,  
y falté más de seis días,  
¿adónde piensas que fui?

CÉFALO ¿Dónde estuviste?

FABIO No sé  
si era monte o si era prado;  
que en jumento transformado,  
de hierbas me sustenté.

No sabía la ocasión,  
y un día una fuente clara  
me mostró la indigna cara  
de un animal de razón.

Y aunque me vi, ni por sueños  
del agua me enamoré,  
puesto, Céfalo, que sé  
que hay Narcisos borriqueños.  
Acordéme de que había  
algunos hombres así,  
que enamorados de sí,  
se miraban cada día.  
Cuando vi las dos orejas  
y aquella nariz bestial,  
el hocico desigual,  
hundidos ojos y cejas,  
saqué del alma dos graves  
suspiros; mas tales fueron,  
que como de un trueno huyeron  
de todo el bosque las aves.  
En fin, con el negro hocico  
la clara fuente enturbié,  
pues causa de verme fue  
en figura de borrico.  
Y fui diciendo entre mí:  
«Quien se ve de esta manera,  
¿cómo es posible que quiera  
enamorarse de sí?»

Entran BELISA y AURORA.

AURORA Con este disgusto vivo.  
BELISA ¿Tan triste Céfalo está?  
AURORA Tanto, Belisa, que ya  
de mi propio amor me privo.  
BELISA ¿De qué nace su tristeza?  
AURORA De algún amor que ha dejado.  
BELISA ¿En un año no ha borrado  
Cualquier amor tu belleza?  
¡Hombre firme!  
AURORA En esta fuente  
dos rayas quisiera hacer:  
una, de que haya mujer  
que quiera tan neciamente.



Y otra, de que al fin de un año,  
con una mujer hermosa,  
se le acuerde de otra cosa  
a un hombre firme en su engaño.  
CÉFALO ¿Cómo nos podremos ir  
sin que lo supiese Aurora?  
FABIO Es tan gran madrugadora,  
que nos ha de ver huir.  
Temo estas selvas, que están  
llenas de sombras y miedos,  
de laberintos y enredos,  
y de respuestas que dan.  
Allí asoma un elefante,  
allí una mona, allí un oso.  
salta un sátiro peloso,  
y un fauno medio gigante.  
No sé qué habemos de hacer.  
AURORA Céfalo mío, ¿qué es esto?  
CÉFALO Oh bella Aurora! ¡Oh mi bien!  
Cortina hermosa del cielo,  
primero estrado del sol,  
arco de su luz primero,  
peine de marfil, con quien  
compone el rubio cabello.  
No en vano los verdes prados  
de improviso florecieron,  
perlas bordaron las aguas  
de estos limpios arroyuelos.  
No en vano las libres aves  
iban alternando versos  
de sauce en sauce, de flor  
en flor, con tan dulces ecos.  
¿Cómo te has tardado tanto  
con el sol? ¡Muero de celos!  
¿Qué te ha dicho de los hombres  
a nuestras plantas opuestos?  
Ya me mataba de verte  
aquel ardiente deseo  
con que te adoró mi vida.  
AURORA Pon a tu lengua silencio,

tebano infame, y advierte  
que las deidades sabemos,  
no sólo vuestros engaños,  
vuestros mismos pensamientos.

¿Qué mujer en hombre fía  
si sé que te vas huyendo,  
si ese día que lo intentas  
me dices falsos requiebros?

Dime toda la verdad;  
que por fuerza no te quiero  
si fueras el mismo Apolo.

CÉFALO Aurora, tu ofensa temo;  
no te espantes que los hombres  
aquellas prendas amemos  
que nos dieron igualmente  
en matrimonio los cielos.

Señora, yo soy casado  
en Tebas, y te prometo  
que es digna Floris, mi esposa,  
del grande amor que la tengo;  
junto los dos nos criamos,  
y amor de suerte en dos pechos,  
que vino a ser una el alma  
y uno mismo el pensamiento.

Era yo recién casado,  
y de los brazos el tiempo  
tan poco, que aún no llegamos  
a perdernos el respeto.

Dábale a Júpiter gracias  
de ver, en amaneciendo,  
a mi lado abrir los ojos  
ángel tan hermoso y bello,  
una imagen de marfil,  
una tan perfecta Venus,  
que me mataba la envidia,  
si supiera mis secretos,  
cuando el Príncipe de Tebas,  
cuando el galán Doristeo,  
me manda que le acompañe  
a esta caza, en que durmiendo

me viste, divina Aurora,  
y donde ha un año que duermo;  
que no puede tanto olvido  
ser menos que eterno sueño.

Dióme de mi loco engaño  
aviso Fabio.

FABIO                   ¿Qué has hecho,  
qué has dicho?

CÉFALOY fui poco a poco  
mi desdicha conociendo.

FABIO Hoy me matan, hoy me chupan  
brujos, jimios y camellos;  
ya no saldremos de aquí.

CÉFALO Con esto, Aurora, muriendo  
de celos de la hermosura  
de Floris, no estoy contento  
con tus regalos y gustos;  
que si hay honor de por medio,  
no creas que hay hombre alegre  
con cuanto bien tiene el suelo.

Es sola, es moza, es hermosa:  
tiene gallardos mancebos  
Tebas, y tan atrevidos,  
que a nadie guardan respeto.  
Pero aunque me mate aquí  
mi celoso pensamiento,  
la obligación de mi honor,  
y el ansia de mis deseos,  
no saldré de aquesta selva  
ni de tu obediencia, haciendo,  
de servirte y adorarte,  
de nuevo mil juramentos;  
porque viendo...

AURORA                   No prosigas.

CÉFALO Señora...

AURORA                Basta, no quiero  
tus palabras ni tus obras.

Ya, Céfalo, te aborrezco;  
porque no hay mujer tan vil,  
ni de tan bajo sujeto,

que quiera un hombre forzado.  
Vete de mis ojos luego;  
que a fe que te ha de pesar.  
CÉFALO Aurora, si te merezco  
por un año de tus brazos  
que me escuches, oye.

AURORA                                      Necio,  
vete, pues vas por tu mal.

Váyase AURORA.

FABIO Belisa, ¿qué culpa tengo  
del desamor de mi amo?

BELISA ¡Cómo no, si tus consejos  
han sido causa de todo!

FABIO; Plega a Júpiter inmenso,  
que si yo...

BELISA                                      ¡Ya es tarde, infame!  
Presto verás...

FABIO                                      ¿Qué tan presto?

BELISA Que te han de sacar los ojos  
mil mochuelos.

FABIO                                      ¡Mil mochuelos!

Váyase BELISA.

CÉFALO ¿Que haré ¡triste de mí! que dice Aurora  
que por mi mal veré mi esposa amada  
si fue a mi honor y a su valor traidora?

FABIO No digas tal, que Aurora habló enojada.

CÉFALO Ya parte a verla el alma que la adora,  
mas con vergüenza y con razón turbada  
de ver que la ofendí.

FABIO                                      No la ofendiste,  
pues que forzado y engañado fuiste.

CÉFALO Un año habrá que falto, y de manera  
estoy trocado que fingirme quiero  
un hombre extraño.

FABIO                                      ¡Bárbara quimera!

CÉFALO Probaré con amor y con dinero

a conquistar su fe.

FABIO                                Cuando te quiera,  
¿que discreción será?

CÉFALO Saber espero,  
por lo que hará conmigo, lo que ha hecho  
conociendo su falso o firme pecho.

FABIO No lo aconsejo.

CÉFALO                                Celos, dicen, Fabio,  
y la ocasión que dió mi larga ausencia,  
con lo que Aurora dice que a mi agravio  
ni amor ni honor han hecho resistencia:  
a ver mi muerte voy.

FABIO                                No hay hombre sabio  
como ha probado en tantos la experiencia,  
que haya probado ni mujer ni espada,  
que a bien librar ha de quedar probada.

Salen.

Salen FLORIS, ELISA y FINEO.

FINEO Tu padre tiene este gusto,  
y estas memorias me dió.

FLORIS Si al Príncipe respondió  
mi lealtad con tal disgusto,  
y queriendo que Perseo,  
su más privado, y amigo,  
se desposase conmigo,  
¿qué me persigues, Fineo?

FINEO ¿Piensas en tan verde edad  
conservarte de esta suerte?  
¿No has de salir, no han de verte?

¿Todo ha de ser soledad?  
¿No estará mejor guardado  
tu honor de un mancebo hermoso,  
que no sujeto al ocioso  
vulgo, siempre desbocado?

¿Qué podrá decir de ti,  
si hermosura y soledad  
nunca hicieron amistad?

FLORIS Soledad, sola, ¡ay de mí!

Mas no digas que te envía  
mi padre, porque sospecho  
que el Príncipe...

FINEO                               Mal has hecho  
en dudar de la fe mía;  
si hablé al Príncipe jamás,  
Júpiter permita...

FLORIS                               Tente;  
muestra los papeles.

FINEO                               Tente  
vida los cielos.

FLORIS                               ¿Hay más?

Lea:

«Alexandro, natural de Corinto, caballero ilustre, es de diez y ocho años, hermoso y rico.»

FINEO ¿Son buenas partes?

FLORIS                               Famosas;  
pero son diez y ocho años,  
para marido, muy pocos;  
porque, como no han gozado,  
del mundo, quieren saber  
qué otros gustos, qué otros brazos  
tienen diversas mujeres;  
y así, tengo por gran daño  
que el marido sea tan mozo.  
Con tu licencia, le rasgo.

FINEO Lee aquéste, que sospecho  
que te agrade.

FLORIS                               Si me agrado,  
te doy palabra de ser  
suya.

FINEO,                               A los méritos salgo.

FLORIS

Lea:

«Lisardo, mancebo noble, de talle y costumbres, rizado de cabello, y cuidadoso de sus galas, de lindas manos y...»

Aquí me quedo, en la y,

¿éste me alababas tanto?  
FINEO Pues ¿fue más bello Narciso?  
FLORIS Talle y costumbres alabo;  
lo rizado del cabello  
no me agrada, que es mal caso  
que nos estemos los dos  
por la mañana rizando;  
porque, si entran a saber  
qué mandamos los criados,  
no sabrán quién de los dos...  
Mas basta, no lo digamos.  
FINEO ¿Cómo ha de ser un mancebo?  
FLORIS Un mancebo sin cuidado.  
FINEO ¿Sucio acaso y mal vestido?  
FLORIS No, sino muy bien; y ¿acaso  
la limpieza y el aseo  
no está en un hombre afectado,  
que está más tiempo al espejo  
que pide un cuello? Veamos  
el que se sigue.  
FINEO                      Será  
Darte más novios cansancio.  
FLORIS

Lea:

«Cesarino, alto y barbinegro, de edad de cuarenta años.»

FINEO Reparas; luego ¿te agrada?  
FLORIS En los cuarenta reparo;  
que como mujeres y hombres  
siempre los años negamos,  
añado diez a cuarenta,  
y así tendrá cincuenta años.  
FINEO Pues ¿cómo, si es barbinegro?  
FLORIS ¿Y eso juzgas por milagro?  
Y de ochenta puede serlo  
con un poco de cuidado.  
¿Llamaron?  
FINEO                      Si.  
FLORIS                      Vete y vuelve.

FINEO Voyme, el volver excusando;  
que quien se quiere casar,  
no mira en tantos ni en cuántos.

Váyase FINEO.

FLORIS Vé, Elisa, y mira quién llama;  
que yo no pienso querer  
hombre en mi vida, ni ser  
contraria a mi honesta fama.

ELISA Voy, señora.

FLORIS La que nace  
como nací, se obligó  
a la fe que guardo yo;  
que puesto que muerto yace  
mi esposo, está vivo en mí.

ELISA A la puerta un mercader,  
dice que te quiere ver.

FLORIS ¿Mercader, Elisa, a mí?

Despídele; que no quiero  
ver sedas, oro, ni galas;  
que es dar más ojos, más alas  
al pensamiento ligero.

ELISA Parece que estás más triste  
que el día que aquesta nueva  
que a tantas penas te lleva  
del trágico nuncio oíste.

Déjale entrar; que no sé  
lo que te quiere.

FLORIS No quiero.

ELISA Advierte que es extranjero,  
como en el traje se ve,  
y que no aventuras nada;  
por ventura, es en provecho  
tuyo.

FLORIS Necia estás; sospecho  
que darme pena te agrada.

Di que entre.

ELISA Entrad, caballero.



Salen, en hábito de mercaderes, CÉFALO y FABIO con una caja.

CÉFALO Júpiter, señora, os guarde.

FLORIS ¡Buena persona!

CÉFALO Cobarde,

Fabio, et soy; pero ¿qué espero?

FLORIS Vos seáis muy bien venido.

¿De dónde sois?

CÉFALO Soy de Atenas.

Helada tengo en las venas

la sangre.

FABIOY yo estoy perdido.

FLORIS ¿Para qué me habéis buscado?

¿Qué es lo que os dicen de mí?

CÉFALO Hoy en el palacio oí

que os casáis o habéis casado;

tengo joyas extremadas

de todas piedras; querría

que os agradasen.

FLORIS Tendría

de nuevas tan excusadas

la culpa algún cortesano

ocioso.

CÉFALO Pues ¿no es verdad?

FLORIS Aquí vive la lealtad

de un muerto.

CÉFALO Es lealtad en vano;

que también decir oí

que era vuestro esposo muerto

de una fiera en un desierto.

FLORIS Es verdad.

CÉFALO Pues siendo así,

¿por qué no os queréis casar?

FLORIS Porque muerta adoro en él.

CÉFALO No sois discreta, pues ¿dél

ya qué podéis esperar?

Yo entré a venderos el oro

y piedras que traigo aquí,

y después, Floris, que os vi,

con toda el alma os adoro.

Soy, como veis extranjero,  
con quien no podéis perder;  
y aunque me veis mercader,  
disfrazado caballero.  
Porque me dejéis serviros  
os quiero esta noche dar  
una cintura y collar  
de diamantes y zafiros  
(que vale diez mil ducados.) Aparte.  
FLORIS ¿A quién no hicieron pensar,  
y pensando dar lugar a efectos menos honrados?  
Yo, Elisa, no he respondido  
por dudar el interés,  
mas por ver lo mucho que es  
a Céfalo parecido.  
¿Has visto error, si este nombre  
se debe a naturaleza,  
como en la igual gentileza  
de Céfalo y de este hombre?  
Confieso que ha despertado  
la memoria algún deseo.  
ELISA Con inclinación te veo.  
FABIO Dudosa está.  
CÉFALO Si ha dudado  
Floris, me ha sido traidora.  
FABIO Habla bajo, no te entienda.  
FLORIS No porque interés pretenda  
de cuanto el indio atesora,  
os respondo, caballero,  
con alguna voluntad:  
cuando os vais de la ciudad,  
hablaros despacio quiero.

Quítese la capa CÉFALO, y diga sacando la espada:

CÉFALO ¡Ah, infame! ¡Viven los cielos,  
que has de morir a mis manos!  
¡No eran mis recelos vanos,  
verdades eran mis celos!  
¡Yo soy Céfalo, tu esposo:

vivo estoy!  
FLORIS ¡Cielos, valedme!  
¡Montes, selvas, socorredme!

Váyanse los dos.

FABIO ¡Tente, señor!

CÉFALO ¡Soy celoso!

FABIO ¿Y tú, Elisa, hasme ofendido?

ELISA ¿Yo, Fabio? Pues ¿qué me has dado,  
o cuando me has obligado  
con el nombre de marido?

FABIO Tienes, Elisa, razón;  
y aunque tu marido fuera.  
y de tu amor no tuviera  
ni mi honor satisfacción,  
no te probará jamás,  
porque a la mujer más casta  
sólo un antojo le basta,  
que es golpe en vidrio, y no hay más.

DIANA y AURORA. DIANA en hábito de diosa, con arco.

DIANA Esto me dicen de ti.

AURORA Si verdad, señora, fuera,  
o el hombre visto se hubiera,  
o se conociera en mí;  
si satisfacción te di  
de mi castidad, Diana;  
si es de Apolo la mañana,  
y las tardes tuyas son,  
con siniestra información  
te quiere engañar Silvana.

DIANA No Silvana solamente;  
Dórida, Filis, Dantea,  
dicen lo mismo.

AURORA Aunque sea  
su envidia tan vil que intente  
que tu gran deidad me afrente,  
no debes luego creer

cosas dichas por tener  
de mi privanza recelos;  
porque es con envidia y celos,  
áspid la mejor mujer.

DIANA Bien sé yo que las mañanas,  
Aurora, estás con el sol,  
y que al primer arrebol  
de sus luces soberanas,  
en blancas telas y granas  
le envuelves, y das al suelo;  
de las tardes no recelo:  
vas conmigo a las florestas;  
pero ¿no hay noches, no hay siestas?

AURORA ¿Qué cosa se encubre al cielo?  
Haz mejor información,  
y de tus baños me arroja  
si mi término te enoja.

DIANA En fin, ¿testimonio son?

AURORA Como a ti de Endimión,  
pues, en fin, te han levantado,  
Diana, que le has amado.

DIANA ¿Qué cosa en el sentenciar  
la ira puede templar  
como hallarse el jugo culpado?

FLORIS huyendo.

FLORIS A tu soberano amparo  
una te bana mujer  
su vida quiere ofrecer,  
falta de humano reparo.  
No es, señora, el sol más claro  
que mi inocencia.

DIANA ¿Quién viene  
siguiendo?

FLORIS Quien no tiene  
piedad.

DIANA Sosiega segura.

FLORIS Matarme un traidor procura  
que mi deshonra previene.

DIANA No osará llegar aquí,  
o en mármol le volveré;  
mil vidas le quitaré  
si él sólo un cabello a ti.  
Todo el suceso me di  
porque la verdad me obligue  
que te guarde y le castigue.

FLORIS Oye, señora, mi historia,  
si me basta la memoria  
para tanto mal.

DIANA Prosigue.

FLORIS Divina Diana,  
gloria de las selvas,  
luna en las celestes  
regiones etéreas:  
de las ninfas castas  
ilustre defensa,  
a quien los lascivos  
sátiros respetan:  
hija soy, señora,  
de Ericteo y Celia;  
mi primera patria,  
la famosa Tebas.  
En mis años tiernos,  
porque apenas eran  
convenientes años  
para tener penas,  
amé, siendo amada  
de quien bien pudiera  
ser amor, por niño,  
de mejores flechas.  
Aumentóle el tiempo;  
que el amor se aumenta  
con las privaciones  
cuando dos desean.  
Céfalo era el nombre  
de mi dulce prenda,  
pintura admirable  
de naturaleza.

Ibamos al campo,

dándonos licencia,  
a coger las flores  
de la primavera.  
El me coronaba  
la frente con ellas;  
yo, con mis collares,  
la suya de perlas.  
Daba el tiempo a amor  
atrevidas fuerzas;  
vieron nuestros padres  
peligrosas muestras.  
Encerrada estuve,  
pero no se encierran  
las almas que salen  
en escritas letras.  
Al fin nos casaron,  
porque no vinieran  
a mayores daños  
privaciones necias.  
Apenas un mes,  
locamente ciega,  
gocé de mi esposo  
las caricias tiernas,  
cuando Doristeo,  
príncipe de Tebas,  
necio amante mío,  
causa de mis penas,  
por aquestos montes  
a caza le lleva,  
y para engañarme  
perdido le deja.  
Díceme que es muerto;  
mentirosas nuevas,  
por ver si podía  
vencerme con ellas;  
pero a él y a muchos  
hizo resistencia  
limpia castidad  
y casta limpieza.  
No quise casarme,

puesto que pudiera  
con grandes señores.  
¡Qué injusta firmeza!  
Pues después de un año,  
con la voz diversa,  
el rostro y el traje,  
y diciendo que era  
mercader corintio,  
Céfalo me prueba  
con diversas joyas  
de preciosas piedras.  
Yo, no porque fuese  
codiciosa de ellas,  
mas porque el retrato,  
el rostro y presencia  
de mi esposo vía,  
alguna flaqueza  
repartí a los ojos,  
permití a la lengua;  
él, sacando entonces  
la espada sangrienta  
de fieras del campo.  
quiso hacerme fiera,  
diciendo: «¡Ah, traidora!  
¿Esta fe profesas?  
¿Este amor me guardas?  
¿Este honor respetas?»  
Yo, triste, turbada,  
sin hallar respuesta,  
sin tener disculpa,  
sin saber enmienda,  
porque nunca aguardan  
en desdichas ciertas  
espadas desnudas,  
razones compuestas,  
salí de mi casa,  
dándome una huerta  
paso para el campo  
entre unas acequias.  
Viéneme siguiendo,

y entre aquellas peñas  
oigo decir: «¡Floris!  
«¡Adúltera, espera!»  
Nunca yo he sido;  
él sí que me deja  
por otra mujer  
en tan larga ausencia;  
mas para los hombres  
no se hicieron quejas;  
suyas son las culpas,  
nuestras son las penas.

DIANA Lástima me ha dado oírte;  
pero ya has llegado a parte  
que no podrá molestarte  
aunque se canse en seguirte;  
que no será poderoso  
si mil engaños apresta.

AURORA ¡Ay, triste! Floris, es ésta  
por quien me deja su esposo,  
pero ya con más consuelo  
de su desdén y aspereza,  
pues nunca mayor belleza  
salió del pincel del cielo.

FLORIS Estoy, señora, segura  
de tu grandeza y piedad.

DIANA Tu inocencia y mi deidad  
de su traición te asegura;  
ven, y estarás en mis baños.

AURORA Por mi mal quieren los cielos  
que tengan tan fieros celos  
tan hermosos desengaños.

Salen el PRÍNCIPE, PERSEO y cazadores.

DORISTEO Dos veces el dorado vellocino,  
que a Colcos dió jardín y nombre eterno,  
dorado Febo, infatigable vino,  
enjugando los ojos al invierno,  
desde que en este monte peregrino,  
amor sin esperanza y sin gobierno,



con Céfalo a seguir las fieras y aves  
me trujo sólo entre cuidados graves.  
Aquí, si tienes bien en la memoria,  
Perseo, este lugar, quedó engañado,  
y yo volví solícito a mí gloria,  
que tanta pena y confusión me ha dado.  
¡Dichoso ausente, cuya nueva historia  
a la fama dará mayor cuidado  
que pudo de Penélope la tela!  
Siendo verdad aquí, y allá cautela,  
¿de cuál mujer se cuenta tal hazaña?  
¿Qué difunto gozó de tal firmeza?  
PERSEO fue sepulcro suyo esta montaña,  
o peña se volvió de su aspereza;  
ninguna cosa a Floris desengaña  
para que dé lugar a su belleza:  
¡notable amor!  
DORISTEO                      Merece bronce eterno  
tan duro corazón, pecho tan tierno.

Entrense y salga FABIO.

CÉFALO Inmensos montes, que a mis tristes quejas  
de peñas me prestáis duros oídos;  
hiedras del claro Apolo, verdes rejas  
que dais a tantos álamos vestidos;  
mar que en escollos bárbaros te quejas,  
triste de ver tus campos oprimidos  
de un monte vuelto en pájaro ligero,  
decidle a Floris que sin ella muero.  
Arboles que escaláis las intrincadas  
nubes, con verdes almas arrogantes,  
por quien segunda vez miran turbadas  
la guerra que intentaron los gigantes;  
sonoras fuentes que corréis templadas,  
salpicando las hierbas de diamantes,  
formando ese arroyuelo lisonjero,  
decid a Floris que sin ella muero.  
DORISTEO ¿Céfalo no es aquéste? ¡Caso extraño!  
PERSEO Parécelo, ¡por Júpiter!

DORISTEO ¡Ay, cielos!  
Aunque en los ojos puede haber engaño,  
éstas verdades son, no son recelos:  
Céfalo, ¿dónde vas? ¿Quién a tal daño  
redujo tu valor?  
CÉFALO Celos.  
DORISTEO ¿Qué celos?  
CÉFALO Celos de Floris, Floris fugitiva,  
que no quiere que ya con ella viva.  
DORISTEO ¿El seso le han quitado?  
PERSEO Así parece.  
DORISTEO Pues ¿dónde está tu Floris?  
CÉFALO Este monte  
la esconde en su aspereza, y me enloquece  
por todo aqueste bárbaro horizonte.  
Si piadosa por dicha se os ofrece  
antes que como sol se me transmunte,  
pasando el mar, a mis suspiros fiero,  
decid a Floris que sin ella muero.  
Después de un año que viví escondido  
en este monte con extrañas pruebas  
de mi fortuna, y de un amor fingido,  
fui disfrazado a ver mi esposa a Tebas.  
Engañáronme celos, y atrevido  
propuse a su virtud infamias nuevas:  
saqué la espada. ¡Qué rigor, ¡ay, cielos!  
de lo que puede un desengaño en celos!  
Huyó, seguía, y en aquesta selva  
la voy buscando, sin saber por dónde;  
mas no es posible que a escucharme vuelva,  
que por mas que la llamo no responde.  
DORISTEO Pues, Céfalo, por más que se revuelva,  
si no es que el centro de este mar la esconde,  
penetraré las selvas con mi gente  
antes que vuelva el sol al Occidente.  
Ea, Perseo, no ha de quedar rama.  
Que no vamos contando una por una.  
PERSEO Hoy a nueva esperanza amor te llama.  
DORISTEO Favorecerme quiere la fortuna.

Entre CÉFALO.

FABIO Por este arroyo que el cristal derrama  
de aquella fuente en quejas importuna,  
unos pastores dicen que le vieron:  
aquél parece; él es, no me mintieron.  
¿Dónde vas, señor mío, de esta suerte?

CÉFALO ¡Eh. Floris de mi vida!

FABIO ¿Yo tu vida?

CÉFALO ¡Oh, dulce causa de mi amarga muerte!  
Vuelve a mis brazos, ¿dónde vas perdida?

FABIO Que no soy Floris, sino Fabio; advierte  
que estás sin seso.

CÉFALO El alma, divertida,  
a la imaginación la representa.

FABIO Pues dile al alma tú que no te mienta.

CÉFALO Fabio, busquemos a mi amada esposa,  
pidámosle perdón de aquel agravio.

FABIO Busquémosla, señor, que es justa cosa.

CÉFALO Rompe la voz en esos montes, Fabio.

FABIO Floris! ¡Ah, Floris!

CÉFALO Dile, Fabio, ¡hermosa!

Quizá responderá

FABIO Concepto sabio,  
que a hermosa no hay mujer, puesto que fea  
que no responda y que es su nombre crea.  
¡Floris hermosa, Floris más hermosa  
que al prevenir el sol la blanca aurora!

AURORA entre.

AURORA ¿Quién llama a Aurora?

CÉFALO ¡Oh, Floris amorosa!

Céfalo, aquel que tu hermosura adora.

AURORA Vengada estoy de ti; no soy tu esposa,  
tu enemiga, villano, soy agora.

CÉFALO Sabes, Aurora, de mi Floris nuevas?

AURORA Sé que la goza el Príncipe de Tebas.

CÉFALO Espera, aguarda. ¡Ay de mí!

FABIO ¿No ves que es venganza?



que hasta el eco en las mujeres  
la edad y los años niega.

CÉFALO ¿Qué haré, Fabio?

FABIO No creer

esta celosa hechicera,  
sino buscar a tu esposa.

CÉFALO Prados, montes, fuentes selvas,  
¿dónde está mi bella Floris?

FLORIS entre con ELISA.

FLORIS Que la lleve al baño, ordena  
Diana, estas blancas tocas.

ELISAY a mí estas flores y hierbas.

FLORIS ¿No es buena esta vida, Elisa?

¿No te hallas bien con ella?

ELISA No volviera a la ciudad  
por los tesoros de Grecia.

FLORIS ¿Qué hará mi enemigo esposo?

ELISA Querrá dar a tu inocencia  
la muerte, y por galardón  
de tu lealtad y firmeza,  
la infamia de que le has hecho  
la no imaginada ofensa.

CÉFALO Fabio, Fabio, vuelve el rostro,  
¿no es Floris, mi esposa, aquélla?

FABIO Sí, señor, y aquélla, Elisa.

CÉFALO Floris, mi vida, no temas;

yo soy Céfalo, tu esposo,  
quien te adora y te desea.

FLORIS Socorro, hermosa Diana!

CÉFALO No huyas, aguarda, espera.

FABIO Aguarda, detente, Elisa.

Las dos, huyendo, se pongan en dos tramoyas que estarán en dos  
partes del lienzo del vestuario, y, dando la vuelta, al abrazarlas  
se hallarán con dos sátiros muy feos en los brazos.

CÉFALO ¡Ay, soberana belleza!

FABIO ¡Ay, cielos! ¿Qué es lo que veo?

CÉFALO ¡Ay, cielos! ¿Qué bestia es ésta?

FABIO Suéltame, por Dios, los brazos,  
Belisa en demonio enjerta.

Vuelvan a dar la vuelta. y queden solos.

CÉFALO ¿Piensas que tendré temor  
aunque en mil formas te vuelvas?

Seguirte tengo.

FABIO    ¡Ay de Mí!

Pero esto no es cosa nueva,  
que mil vestidas mujeres,  
a los que a gozarlas llegan,  
si la cáscara les quitan,  
se vuelven cosas más feas.

## ACTO TERCERO

Salen FLORIS y CÉFALO.

CÉFALO Escúchame desde aquí.

FLORIS ¿Qué tengo ya de escucharte?

CÉFALO Los dioses, dura Anaxarte,  
te vuelvan piedra por mí.

FLORIS Ya te espero.

CÉFALO Escucha.

FLORIS Di.

CÉFALO Sin armas, señora, estoy;  
palabra a tus ojos doy,  
esposa, de no ofenderte:  
no voy a buscar tu muerte,  
a buscar mi vida voy.

FLORIS ¿Tengo yo tu vida?

CÉFALO Sí;  
que está sólo en escucharme.

FLORIS Pues ¿cómo quieres matarme  
estando tu vida en mí?

CÉFALO Si celoso te ofendí,  
te adoro desengañado;  
pero aunque sé que has estado  
como en la mar firme roca,  
quiero oírlo de tu boca  
para quedar descansado.

Nunca más el alma enciende  
amor porque nunca olvide,  
que cuando un celoso pide  
disculpas a quien le ofende.  
Bien tu hermosura me entiende;  
mira qué amor pudo hallar  
en el alma más lugar,  
ni en el honor más disculpa  
que, siendo yo quien te culpa,  
enseñarte a disculpar.

Discúlpate con mi amor,  
júez, abogado y parte,

porque sólo en disculparte  
consiste, Floris, mi honor.  
Ama el jüez tu valor;  
el deseo que en mí ves  
abogado tuyo es;  
parte, amor, tras tanta ausencia;  
mira, Floris, qué sentencia  
darán contra ti los tres.  
FLORIS Engañada, esposo mío,  
por tu muerte, aunque fingida,  
llegué hasta perder la vida  
con piadoso desvarío  
los dioses, de quien confío  
que te han de decir quién fui  
y en qué soledad viví,  
no quisieron que muriese,  
para que mi honor pudiese  
volver agora por mí.  
Pregúntale a Doristeo  
mi resistencia y valor,  
y las fuerzas de mi honor  
contra su loco deseo;  
también pregunta a Perseo  
si sus bodas desprecié;  
qué casamientos dejé  
pregunta a Tebas, y luego  
el elemento del fuego  
verás ardiendo en mi fe.  
Pues entre mil despreciados,  
¿porqué había de querer  
un extraño mercader  
y unos celos disfrazados?  
Despertaste mis cuidados,  
que casi fueron antojos,  
viendo a Céfalo en tus ojos.  
Si tú te ofendiste a ti,  
no digas que te ofendí,  
ni me des sin causa enojos.  
Que cuando te hubiera amado  
no quedaras ofendido,



porque siendo tú el querido,  
no fueras el agraviado.  
Fuera de eso, disculpado  
pudiera quedar mi error,  
pues eras muerto, señor,  
y con testigos tan ciertos,  
pues se entierra con los muertos  
el respeto del honor.

Los maridos, pues lo eres  
de aquella fiera homicida,  
no vuelven de la otra vida  
a castigar sus mujeres.

Memorias castigar quieres  
de tu mismo amor celoso,  
ni fue error, pues fue amoroso;  
que si quererte quería,  
era que el alma decía  
que eras tú mi dulce esposo.

Fue error de la fantasía  
adonde te estaba viendo,  
como quien dice durmiendo  
las cosas que hace de día.

Por esta causa sería,  
que como en lo que te quiero  
he pensado un año entero,  
de costumbre que he tenido  
en abrazarte fingido,  
te abrazaba verdadero.

CÉFALO Ya, ¿de qué puedo agraviarme?  
que, aunque ofendido me hubieras,  
disculpa, Floris, tuvieras  
en la gracia de culparme.

Llega, permite abrazarme;  
bien dices: ya estaba muerto.  
Ya estoy de mi engaño cierto.

FLORIS ¿Querrás hacerme pedazos?  
Pero si muero en tus brazos,  
yo sé que en morir acierto.

Abrácense.

CÉFALO ¡Ay, mi bien! ¡Qué gran consuelo!

¡Ay, no te apartes de mí!

¡Ay, quién se quedará así,  
como el Géminis del cielo!

FLORIS ¿Ya no me matas?

CÉFALO Estoy  
muerto en tus brazos.

FLORIS Espera:  
Diana es ésta.

CÉFALO Quisiera  
hablarla, ¡qué necio soy!  
que dicen que ningún hombre  
la puede hablar.

FLORIS Es verdad;  
no quieras que su deidad,  
o te castigue, o te asombre:  
escóndete, esposo, allí.

CÉFALO ¿Iráste con ella?

FLORIS No,  
que no te he abrazado yo  
para apartarme de ti.

DIANA y AURORA, y DIANA con un dardo dorado.

AURORA Un hombre me parecía.

DIANA Será pastor de esta selva.

AURORA Huyó en viéndote.

DIANA No vuelva  
Floris a mi compañía.

¿Qué es esto, enemiga? ¿así  
has despreciado mi amparo?

FLORIS Si el engaño te declaro,  
tú misma hablarás por mí:

Céfalo, mi dulce esposo,  
con tal llanto ha satisfecho  
mi temor, que hemos hecho  
paces; ya no está celoso,  
ya conoce mi lealtad,  
ya mi firmeza agradece;

y así, razón me parece,  
Diana, que tu deidad  
me dé licencia, que quiero  
volverme a Tebas con él.  
DIANA Mira, no te fíes de él,  
prueba su verdad primero,  
que puede ser que por mí  
te respete en esta selva,  
y que cuando a Tebas vuelva  
se quiera vengar de ti.

AURORA Es muy justo advertimiento:  
viva algún tiempo contigo  
donde, temiendo el castigo,  
excuse el atrevimiento;  
que después que algunos días  
vuelva en tus brazos amor  
a ser el mismo, o mayor,  
del que entonces conocías,  
volverás a la ciudad.

FLORIS Paréceme buen consejo.

AURORA Aquí tiene un pastor viejo  
una famosa heredad,  
con una casa extremada,  
y yo haré que os tenga en ella.

FLORIS Tú serás, Aurora bella,  
mi amparo.

DIANA Floris amada,  
quisiera tener qué darte,  
ya que de mi compañía  
te partes.

FLORIS Señora mía,  
no el alma, el cuerpo se parte.

DIANA Sólo este dardo te doy,  
prenda que en mucho estimé  
desde que a Tebas bajé,  
en cuyas selvas estoy.

No le tirará persona  
sin matar a quien tirare;  
no hay fiera que en monte pare,  
por cuantos el sol corona;

no hay un ligero animal  
que no alcance.

FLORIS                                    Por mi esposo,  
de tu brazo generoso  
aceto el don celestial;  
que es notable cazador  
y lo estimará en extremo.

DIANA Que dilato, Floris, temo  
las paces de vuestro amor.

Tú, Aurora, busca esa casa,  
y quedaos los dos con Dios.

Váyase.

AURORA Bien podéis hablar los dos,  
pues ya de las selvas pasa.

FLORIS Yo voy, con licencia tuya,  
a hablar mi Céfalo amado.

Váyase.

AURORA Amor, el daño pasado  
en más bien te restituya.  
¡Ay de mis pensamientos mal logrados!  
¡Ay de mis esperanzas mal nacidas,  
un año vanamente entretenidas  
en contentos de amor siempre engañados!  
Arrojé de mis brazos despreciados  
un hombre que me cuesta tantas vidas,  
y vuelven a dar sangre las heridas  
viendo mi amor los celos declarados.

Mientras quien llora agravios no procura  
ver la ocasión, en duda se defiende  
y del bien que merece se asegura;  
pero si el alma ve que quien la ofende  
goza de mayor gracia y hermosura,  
hiélase el gusto y el amor se enciende.

Salen Felicio y Anteo, villanos.

FELICIO Un año habrá por agora  
que vino el Príncipe aquí.

ANTEO Junto a la fuente le vi.

AURORA Pues ¡Felicio!

FELICIO ¡Hermosa Aurora!

AURORA ¿No sabes como te quiero  
dar dos huéspedes famosos?

FELICIO Cortesanos enojosos,  
si son de Tebas, espero.

AURORA No son sino dos casados  
que han dejado la ciudad,  
para hacer de su amistad  
testigos montes y prados.

FELICIO Pensé que era de la gente  
que paga en lisonjas vanas,  
que habla tardes y mañanas,  
y sabe más quien más miente.

Pensé que era quien no da  
y de todo se aprovecha,  
gente que nada sospecha  
en lo que interés le va;  
pero pues casados son  
y de allá vienen huyendo,  
sólo servidos pretendo,  
no quiero más galardón.

AURORA Voy por ellos.

FELICIO Mi Belisa  
sabe ya lo que ha de hacer.

AURORA De que me habéis de perder,  
celos, el amor me avisa.

Váyase.

Entra Fabio.

FABIO ¿En qué tengo de parar  
al fin de tanto camino?

¿Yo por selvas peregrino,  
sin hallar villa o lugar?

¿Yo sin comer y dormir  
por seguir a una mujer?

Conviértete en alcacer,  
Dafne, y déjame vivir.

Aquí en la hierba se envuelve,  
allí se torna gazapo,  
aquí de un tigre me escapo,  
allí en sátiro se vuelve.  
Yo ¡triste!, de rama en rama,  
como tras pájaro nuevo,  
sus ojos llevo por cebo,  
y voy donde amor me llama.  
Aquí están dos labradores.  
FELICIO Este es algún cazador.  
FABIO ¿Si sabrán de mi señor?  
¿Han visto un loco de amores  
que va por aquí perdido?  
FELICIO En esta selva no posa  
sino la más casta diosa,  
no la madre de Cupido.  
Mirad, señor cortesano,  
que la piséis con respeto.

Váyanse.

FABIO Oye.  
ANTEO ¿Qué manda?  
FABIO En efeto,  
¿no hay poblado hasta lo llano,  
ni qué comer ni beber?  
ANTEO Fuentes hay y fruta alguna.  
FABIO Fruta y agua en panza ayuna,  
¿quién la podrá detener?  
FELICIO Pues advertid, caballero,  
que no de todas se bebe,  
donde más limpio se mueve  
claro cristal lisonjero;  
porque hay fuente que en bebiendo  
quita el seso.  
FABIO ¡Santo Dios!  
FELICIO Que hacen necios más de dos.  
FABIO ¿Necios? Ya lo estoy temiendo.  
FELICIO Muchos hay en mi lugar  
que de esta fuente han bebido;

bien haya el vino, que ha sido  
discreto en callar y hablar.

Hay fuente que hace los hombres  
miserables, gruñidores,  
falsos, ingratos, traidores.

FABIO No digas más, no las nombres.

ANTEO Árbol de fruta hay aquí,  
que, en tirando de una pera,  
sale del árbol afuera,  
ligero como un neblí,  
un sátiro por detrás,  
y sacude un pescozón.

FABIO Montes de los diablos son;  
no los vuelvo a ver jamás.

FELICIO Aquí hay manzano que quita  
la generación a quien  
come su fruta.

FABIO                               Está bien:  
no en balde en montes habita;  
pero espántome que, luego  
que se supo en este valle,  
las pastoras de buen talle  
no los hayan dado al fuego.

ANTEO Hay unos árboles bellos  
que hacen luego encanecer.

FABIO Ganaría de comer  
Hombre que tratase en ellos.

ANTEO Si con su fruta topáis,  
vos saldréis viejo.

FABIO                               No quiero  
comer en mi vida.

FELICIO                               Espero  
que luego los conozcáis.

ANTEO Si alguna ninfa saliere  
de estas ramas en que andáis,  
guardaos que no comáis  
ninguna cosa que os diere;  
y quedaos con Dios.

Váyanse.

FABIO El cielo  
os guarde; yo estoy sin mí:  
¿adónde voy por aquí?  
que el temor me ha vuelto en hielo.

Entre AURORA con BELISA, y traigan dos fuentes de plata con  
flores,  
y debajo, en la una de ellas, harina, y en la otra humo.

BELISA Ya quedan aposentados  
por darte gusto, señora.

AURORA No les amanezca aurora  
con rayos del sol dorados.

Celos me matan, Belisa;  
pero, vamos, que Diana,  
toda esta alegre mañana,  
fatigada el monte pisa,  
y ya querrá descansar.

FABIO Allí dos pastoras veo:  
comer y beber deseo;  
mas no me atrevo a llegar.  
Pero ¿qué dudo? Que Aurora  
y Belisa son.

AURORA ¿Qué es esto?  
¿Hombre en tan secreto puesto?

FABIO ¿No me conoces, señora?

AURORA ¿Es Fabio?

FABIO El mismo.

AURORA Pues ¿dónde  
vas de esta suerte perdido?

FABIO A mí señor, ofendido,  
tu selva sagrada esconde.

Que en busca de su mujer  
va loco de valle en valle.

¿Tenéis, mientras no le halle,  
algo que pueda comer?

¿Qué es lo que lleváis ahí?

BELISA Llegas el rostro y comerás.

FABIO ¿Dentro?



BELISA Sí.  
AURORA Llégate más.  
FABIO No he topado nada aquí.

Levante el rostro del plato de la harina todo blanco.

BELISA ¡Oh, qué hermoso que has quedado!  
FABIO Sí, pero nada topé.  
AURORA Prueba de éste.  
FABIO Probaré.  
Las flores solas me has dado.

Alce la cara llena de humo.

BELISA Agora que estás hermoso,  
cuanto quisieres tendrás.

Váyanse las dos.

FABIO Qué comer quisiera más.  
BELISA ¡Adiós, mi Fabio amoroso!  
FABIO Tras ellas irme quisiera,  
pero temo un mal suceso.

DORISTEO y PERSEO y su gente.

DORISTEO Gran trabajo me ha costado  
hallar a Floris, Perseo.  
PERSEO En fin, sabe Vuestra Alteza  
que aquí tienen aposento.  
DORISTEOY que están los dos en paz  
para matarme de celos.  
PERSEO Acaba ya con su esposo,  
pues que no hay otro remedio;  
que esta tierra da ocasión,  
con mil animales fieros,  
para ponerles la culpa,  
y será cierto el suceso.  
DORISTEO Toda esta selva sagrada  
llena está de semideos,

silvanos, sátiros, faunos,  
centauros y anfesibenos;  
hanle de ver porque están  
todos los árboles llenos,  
y publicarlo de suerte  
que pierda el honor que tengo.  
FABIO Cazadores son, y aquél  
debe de ser Doristeo.  
¿Qué temo de hacerte señas?  
¡A la ho, ah caballeros!  
DORISTEO ¡Júpiter santo me valga,  
y qué sátiro tan feo!  
PERSEO Fauno es, sin duda.  
FABIO ¿Yo fauno?  
DORISTEO Tírale y mátale, Ardenio  
FABIO Tírale y mátale! Pies,  
en vos está mi remedio.

Húyese.

CAZADORES ¡Guarda el fauno! ¡Hola, pastores!  
PERSEO ¡Guarda el fauno!  
FABIO ¡Yo soy muerto!

FELICIO y villanos con chuzos.

FELICIO ¿Qué es de él, por dónde va?  
DORISTEO Ya sube el monte, midiendo  
con las plantas los peñascos,  
y con los brazos el viento.  
JULIO ¡Que no llegáramos antes!  
DORISTEO Mal los queréis.  
JULIO Hannos hecho  
grandes males.  
DORISTEO ¿Cómo así?  
ANTEO ¿Qué cabrito, fruta y queso,  
no nos comen cada día?  
JULIO La comida es lo de menos.  
¡Ay de la moza que agarran!  
DORISTEO Pues ¿llevanla?

JULIO Sin remedio.  
DORISTEO ¿Dónde?  
JULIO Allá se la zambullen  
por esos bosques espesos.  
No ha un mes que la pobre Silvia,  
de nuestro zagal Riselo,  
parió dos medios cabritos,  
uno blanco y otro negro.  
DORISTEO Id, pastores, a seguirle;  
y vos aguardad, buen viejo,  
que el Príncipe os quiere hablar.  
FELICIO Los pies mil veces os beso:  
seguid el fauno, pastores.  
ANTEO ¡Voto al sol, que le derriengo  
si con la tranca le alcanzo!  
FELICIO Si soy del servicio vuestro,  
mandadme, Príncipe ilustre.  
DORISTEO Fiarte, Felicio, quiero,  
conociendo tu valor,  
un pensamiento secreto.  
FELICIO ¿Es acaso amor de Floris?  
DORISTEO ¡Ay, padre, por Floris muero!  
Tu Rey soy, mas si me ayudas,  
hacerte mi Rey prometo.  
FELICIO Si es para daros entrada,  
no puedo decir que puedo,  
porque es la mujer más casta  
que ha visto en su edad el tiempo;  
si para sacarla adonde  
la podáis hablar, sospecho  
que lo que el ingenio falte,  
me diga el amor que os tengo.  
DORISTEO Eso te pido no más;  
y a no estar, como lo vemos,  
tan cerca mis cazadores,  
hiciera un notable exceso:  
besara tus pies, Felicio.  
FELICIO ¡Señor, yo soy el que debo  
ser la tierra de esos pies!  
DORISTEO ¿Cómo podrás?



Así te den los cielos,  
después de larga vida, largos plazos  
para que a vivir vuelvas.

CÉFALO De mi amor son testigos estas selvas:  
si Júpiter formara de su idea  
una belleza tal, una hermosura,  
que la del sol, tan celestial criatura,  
con sus divinos ojos fuera fea;  
si cuanto abril en flores hermosea  
tuviera su color, su nieve pura,  
y para su riqueza la ventura  
le entregara la copia de Amaltea;  
si fuera amor de su valor despojos,  
y de su perfección jamás oída,  
la misma castidad tuviera antojos;  
si como el fénix única nacida,  
no te olvidara, Floris de mis ojos,  
porque eres alma de mi propia vida.

FLORIS Pues si, de su poder por muestra rara,  
hermoso un hombre Júpiter hiciera,  
de suerte que la envidia no pudiera  
poner falta en su cuerpo ni en su cara;  
si de Apolo la cítara igualara,  
y en la voz a las Musas excediera,  
y si al planeta de la quinta esfera  
la fama de las armas le quitara;  
si de sabio, discreto y entendido  
todos los sabios le rindieran palma,  
y el más antiguo rey de bien nacido;  
si su valor tuviera el mundo en calma,  
no te olvidara, Céfalo querido,  
porque eres cielo en que descansa el alma.

CÉFALO Siendo verdades ciertas  
las que me dices, Floris de mis ojos,  
¿qué importan las inciertas  
sospechas de mis celos?

FLORIS Darme enojos  
con celos ya no es justo.

CÉFALO Amor sólo con celos da disgusto,  
mas no sabe excusarlos;

huélgome de vivir en esta selva  
para poder dejarlos.  
FLORIS Si tú no quieres que en mi vida vuelva  
a la ciudad, mi vida,  
de cuando no eres tú mi amor se olvida.  
CÉFALO La caza es mi ejercicio;  
aquí viviré yo con más contento:  
mi regalado oficio  
es seguir por el campo, o por el viento,  
las aves o las fieras,  
o pescar de Anfitrite en las riberas.  
Aquí, cuando la aurora  
hurte cabello al sol para el tocado  
de la frente de Flora,  
saldré con tu licencia al verde prado,  
a la caza que pare,  
y a néctar te sabrá lo que matare;  
no saldré por la tarde  
por que no falte noche a tu deseo,  
ni cuando Febo arde  
en las guedejas del León nemeo,  
pondré a la luna redes,  
porque no quiero yo que sola quedes.

Dentro:

JULIO ¡Guarda el fauno, guarda el fauno!

FLORIS ¿Qué es esto?

FELICIO No os cause pena;  
que no se atreven de día  
los faunos a las aldeas;  
éste es un sátiro necio  
que habrá topado en las eras  
la bota de algún pastor,  
y busca dónde la duerma.

Entre huyendo FABIO, tiznado.

FABIO ¡Socorro, amparo, señores!

CÉFALO Pues ¿aquí te atreves, bestia?

FABIO Céfalo, detén la espada.

Fabio soy.

CÉFALO ¿Tú Fabio? Espera.

FABIO Sí, señor; ¿no me conoces?

CÉFALO Pues ¿cómo desta manera  
andas por aqueste monte?

FABIO ¿Qué tengo?

CÉFALO ¿Qué? La más fea  
figura y rostro que han visto  
los pastores de esta selva.

FABIO Sin duda me han trastornado.

CÉFALO Vente conmigo.

FABIO No creas  
que mientras aquí vivieres  
serás lo que de antes eras.

CÉFALO En esta fuente te quiero  
lavar.

FABIO Vamos, y si llega  
algún pastor a matarme,  
te ruego que me defiendas.

Váyanse.

FLORIS Dime, huésped, ¿desta suerte  
tratan los hombres aquí?

FELICIO Los que no se guardan, sí.

FLORIS De sus engaños me advierte.

FELICIO ¿Qué mayor que el de tu esposo?

FLORIS ¿A mi esposo han engañado?

FELICIO Ninfas se han enamorado  
de su talle y rostro hermoso,  
y aun él lo ha estado de alguna.

FLORIS ¡Ay de mí!

FELICIO No lo sé bien,  
ni a ti es razón que te den  
celos de la misma Luna:  
disimula, que podrás  
callando saber quién es.

FLORIS Tú, si alguna cosa ves,  
huésped, ¿no me avisarás?

FELICIO Como viere tu prudencia.

FLORIS Palabra te doy de ser

para los celos mujer,  
mas no para la paciencia.

FELICIO Pues yo me voy a informar  
de pastores deste valle;  
que como tu lengua calle,  
bien lo podrás remediar;  
pero si hablas aquí,  
transformarán a tu esposo.

FLORIS Vete.

FELICIO Júpiter piadoso  
se duela de él y de ti.

Váyase.

FLORIS ¡Oh mal que el cielo dió para castigo  
de quien vivir con libertad pretende!

No digo amor, que amor a nadie ofende;  
celos iba a decir, agravios digo.

Pero si celos son con un testigo,  
¿qué amor de la sospecha se defiende?

pues una sola vida y alma enciende  
a quejarme de ti, dulce enemigo.

Dice mi amor que deje los desvelos,  
con que a engañarme la sospecha viene  
entre seguridades y recelos.

Y como en esta duda se entretiene,  
voy a quererte, y tiéненme los celos;  
voy a olvidarte, y el amor me tiene.

Entren CÉFALO y FABIO.

CÉFALO Aun agora pareces  
hombre como los otros, Fabio amigo.

FABIO Dame tus pies mil veces,  
si puedo ya, señora, hablar contigo.

FLORIS Fabio, de aquestas selvas  
será milagro que a la patria vuelvas.

FABIO Dios nos defienda a todos.





CÉFALO ¿Ausencia? Dásme enojos.  
Siempre, mi vida, estás en mi presencia:  
aceto y beso el dardo  
que basta a hacerme cazador gallardo.  
De hoy más tembladme, fieras,  
que de vosotras soy fatal estrago  
por montes y riberas;  
adiós, mi bien.

FLORIS                                   Aún no me satisfago  
de mi temor celoso,  
que es cobarde el temor si está dudoso.

CÉFALO Vente, Fabio, conmigo.

FABIO ¿Allá tengo de ir?

CÉFALO No tengas miedo.

FABIO ¿Qué es miedo? Voy contigo,  
ya Marte en el valor.

FLORIS                                   Muriendo quedo:  
los cielos te acompañen;  
ni las fieras, mi bien, ni el sol, te dañen.

FABIO No voy con mucho gusto,  
que desde que por fauno me tuvieron,  
traigo mortal disgusto.

FLORIS ¡Ay, cielos! Mis deseos se cumplieron,  
si este nombre merecen  
celos que a ver si son verdad se ofrecen:  
seguir quiero a mi esposo;  
sin duda alguna ninfa que le tuvo  
con encanto amoroso,  
y un año en este bosque le detuvo,  
le ha dicho que le aguarda:  
¡celos, volad, que amor es ave y tarda!

BELISA entre.

BELISA ¿Dónde vas, Floris hermosa?

FLORIS No me detengas, Belisa,  
pues que mi inquietud te avisa  
que debo de estar celosa.

BELISA Ya que has vuelto a ser esposa  
de Céfalo, sin temor

vive, que el pasado amor  
de quien aquí le quería,  
se templó desde aquel día  
que conoció tu valor.

FLORIS ¿Quiéresme decir quién es?

BELISA No, pues que ya no te ofende.

FLORIS Belisa, el amor se enciende  
con las dudas, ya lo ves.

BELISA Si te ha de pesar después,  
mejor encubierto está.

FLORIS ¿Ni una letra me dirá  
tu rigor de esta mujer?

BELISA Una, ¿qué te puede hacer?

FLORIS ¡Di, por Dios!

BELISA Comienza en A.

FLORIS Di la segunda siquiera:  
que bien me lo debes tú.

BELISA ¡Extraña estás!

FLORIS Dila.

BELISA Es U.

FLORIS ¿Burlas, Belisa?

BELISA Quisiera.

FLORIS Dime la letra tercera.

BELISA La tercera letra es R.

FLORIS Haz que esa letra se cierre.

BELISA Perdona; que estás cansada.

FLORIS Soy celosa desdichada,  
o habrá cosa en que no yerre.

Váyase FLORIS.

BELISA ¡Necia estás!

Entre Aurora.

AURORA ¿Qué es lo que agora  
dijiste a Floris de mí?

BELISA Tres letras le dije aquí  
de tu nombre, hermosa Aurora;  
que como su esposo adora,  
el dueño saber procura  
de sus celos.

AURORA No es cordura,  
porque se aumenta el amor  
con la envidia y el temor  
que da la ajena hermosura.  
Cuando yo a Floris no vía,  
menos sentía el desdén,  
Belisa amiga, de quien  
por ella me aborrecía;  
mas desde aquel triste día,  
por Céfalo estoy muriendo;  
de Floris lo mismo entiendo  
si supiese que soy yo  
por quien un año olvidó  
lo que envidiosa pretendo.

BELISA Hablando hemos bajado  
a la fuente de Diana.

AURORA Lo fresco de la mañana  
ilustró su verde prado.

BELISA Las verdes ramas han dado  
señal de que gente viene.

AURORA Ya ni guardarme conviene,  
ni ser más que una mujer  
que mira en otro poder  
toda la vida que tiene.

Salen CÉFALO, con el dardo, y FABIO.

FABIO Aquí puedes descansar.

CÉFALO Y más, que las linfas puras  
se adornan de dos figuras.

FABIO Y es mármol que sabe andar.

CÉFALO Cansado vengo de dar  
pasos sin provecho al viento.

AURORA ¿Eres tú, monstruo sediento?

¿Vienes a dar a la fuente  
veneno, con que la gente  
muera de cristal violento?

¿Eres tú quien me dejó  
cuando más alma le di,  
y quien luego trujo aquí

la causa que me mató?  
¡Ingrato! ¿En qué te ofendió  
mi amor? Fuérase con ella,  
gozárasla; mas traella  
donde la vieses mis ojos,  
¿fue para aumentarme enojos,  
o para darlos a ella?  
¿Qué puede Floris hacer  
si sabe que yo te quiero?  
Y yo, ¿qué he de hacer, si muero  
de que la has de querer?  
Las dos habemos de ser  
desdichadas pues te agrada,  
por bizarría excusada,  
que perdamos alma y vida;  
ella, celosa querida,  
y yo, celosa olvidada.

Váyase.

CÉFALO ¡Aurora, Aurora!

BELISA No es bien

que vuelva a satisfacciones  
mujer que a morir la pones  
con tan ingrato desdén.

FABIOY tú, ¿quéjaste también  
de que soy ingrato yo?

BELISA ¿Tú no eres hombre?

FABIO Yo, no,

BELISA ¿Eres fauno? ¿Bestia eres?

Váyase BELISA.

FABIO ¿Tales dejáis las mujeres  
a quien vida y alma os dió?

Tú me debes de engañar;  
que yo debo de tener  
otra cara desde ayer.

CÉFALO Allí te puedes mirar,  
mas déjame descansar

al rüido de esta fuente;  
que amor, cuando ya no siente,  
es mármol a toda queja,  
y si vuelve a lo que deja,  
todo cuanto dice miente.

Siéntase CÉFALO.

FABIO En amores acabados,  
siempre fui de parecer  
que ni el hombre, o la mujer,  
vuelven bien reconciliados.  
Aquellos gustos pasados  
todos parecen fealdades;  
las finezas, necedades;  
las locuras, fantasías;  
los papeles, boberías;  
y los amores frialdades;  
descansa, y goza tu esposa.

Sale FLORIS.

FLORIS Por aquí pienso que van:  
pero ¿qué digo? Allí están;  
selva, esconde una celosa.  
CÉFALO ¡Ven, Aurora mía amorosa!  
¡Ven, Aura mía suave!  
FLORIS ¡Ay cielos, todo se sabe!  
¿A Aura llama? ¡Sí, Aura espera!  
¡Viva mi honor, mi amor muera  
como mi vida se acabe!  
CÉFALO ¡Aura, venme a refrescar:  
que tengo de aquesta siesta  
gran deseo de tus brazos!  
FLORIS ¡Ay Dios, sus brazos desea!  
Aura llama; ya, ¿qué dudo?  
Las letras dicen que es ella;  
verdad me dijo Belisa.  
ellas son las mismas letras:  
la primera letra es A;

U, la segunda; tercera,  
es R.

CÉFALO ¡Ven, Aura hermosa!

FABIO Ya por estas hojas suena.

FLORIS No querría que de mí  
le advirtiesen estas quejas;  
aquí me quiero esconder  
para aguardar a que venga.  
Traidores hombres, ¿de quién  
puede fiarse una ausencia?  
Loca está mujer que os ama.

Entrese.

CÉFALO Ya el viento, Fabio, refresca.

FABIO No tengo por buena vida  
la del cazador.

CÉFALO                      No seas  
enemigo de la caza,  
que es imagen de la guerra.

FABIO Es notable su trabajo;  
ya por montes, ya por sierras,  
ya le derriban los troncos,  
ya el caballo le despeña;  
oféndele el sol, el aire;  
come mal, duerme en la hierba,  
y aún se envejece más presto:  
dichoso un hombre que juega;  
lindo vicio estar sentado  
en una silla a una mesa,  
hecho tejedor de naipes.  
Unos salen, otros entran;  
si gana, dice donaires;  
toda la chusma celebra  
las necesidades que dice  
por los baratos que espera.  
Nunca le faltan dineros,  
todos le dan y le prestan,  
no le despeña el caballo  
estáse la silla queda,

y nunca es tan desdichado,  
por más que jugando pierda,  
que no le falten amigos  
y dineros.

CÉFALO Bien te quejas,  
y conforman a tu honor  
tus deseos.

FABIO Yo quisiera  
ejercicios descansados.

CÉFALO ¿Qué es lo que en las ramas suena?

FABIO No sé, por Dios.

CÉFALO ¿Si es acaso,  
Fabio amigo, aquella fiera  
que nos dijo aquel pastor?

FABIO No creas, señor, que es ella.

CÉFALO ¿Cómo no? Tírala quiero.

FABIO No la tires.

CÉFALO Fuera!

FABIO Espera.

CÉFALO Haz esta famosa suerte,  
dardo de Diana bella.

Dentro:

FLORIS ¡Ay, esposo, que me has muerto!

CÉFALO ¿Es voz?

FABIO El alma me tiembla:  
que me has muerto, esposo, dijo.

CÉFALO ¿Esposo? Apártate.

FABIO Llega.

Salga FLORIS con otro dardo atravesado, que le habrán puesto  
entretanto que estaba escondida, de la misma manera, terciado de  
azul y oro.

FLORIS ¡Ay, Céfalo de mi vida,  
aunque ya la tengo apenas!

CÉFALO ¿Eres tú, señora mía?

FLORIS ¿Quién quieres, mi bien, que sea?

CÉFALO ¿Yo te he muerto?



FLORIS Tú me has muerto.

CÉFALO ¡Desdichada fue mi estrella!

¿Qué haré, Fabio?

FABIO Estoy sin alma.

CÉFALO Mataréme antes que muera.

FLORIS ¡Esposo, esposo!

CÉFALO ¡Mi vida!

FLORIS ¡Ay Dios, qué mal te aconsejas  
en matarte, pues me matas  
dos veces de esa manera!

Llégate a mí, señor mío;  
oye, ansí más dichas tengas  
que tu desdichada esposa,  
pues ha de ser la postrera,  
una palabra no más;  
mira que ya por la puerta  
de la herida sale el alma.

CÉFALO Aquí estoy, para que creas  
que no sé cuál es mayor,  
o la vergüenza, o la pena.

FLORIS Sólo un bien quiero pedirte  
que en la muerte me concedas,  
y hasme de dar la palabra  
de cumplir lo que prometas;  
que lo que pide el que muere,  
obliga con mucha fuerza.

CÉFALO ¿Qué me puedes tú pedir  
que dificultoso sea,  
no pidiéndome que viva  
después que te viere muerta?

FLORIS Que no te cases con Aura,  
Aura que tanto deseas,  
Aura que tanto llamabas,  
pues que me has muerto por ella:  
por ella vine celosa;  
mi amor, mi bien, te merezca  
que no le des este gusto.

CÉFALO ¿Hay desdicha como aquésta?  
¿Celos de Aura te han traído  
siguiéndome por la selva?

Aura, amores, no es mujer,  
ni yo la llamé por verla;  
Aura es un viento, mis ojos,  
que blandamente refresca.  
¿Hay tal engaño?

FABIO                                ¡Por Dios,  
que con razón te lamentas  
de tu estrella desdichada!  
CÉFALOY ¡qué desdichada estrella!  
¡Pastores de aquestos montes,  
ninjas, aves, flores, fieras,  
venid a matarme todos;  
yo os maté la primavera  
yo he muerto al sol!

El príncipe DORISTEO, PERSEO, AURORA, BELISA, FELICIO y  
todos.

DORISTEO                                ¿Qué es aquesto?

Céfalo, ¿de qué te quejas?  
CÉFALO ¡Ay, príncipe Doristeo!  
¿Qué mal puede haber que sea  
como el mío? ¡He muerto a Floris!

DORISTEO ¿Tú mismo?  
CÉFALO                                Entre estas adelfas,  
celosa estaba escuchando  
las palabras lisonjeras  
que al Aura dije, abrasado  
del sol en su ardiente siesta.  
Pensé que era fiera, ¡ay triste!  
Tiréle este dardo, que era  
prenda de la infame diosa  
que estas riberas afrenta.  
¡Dejadme quitar la vida!

DORISTEO Deja la espada: no quieras  
más espada que el dolor.

AURORA ¡Floris! ¡Ah, Floris!

BELISA                                        ¡Ah, bella  
Floris!

FABIO                                Ya el alma partió.

CÉFALO ¡Ah, señora! ¿Al fin me dejas?

¿Por qué me estorbáis matarme?

¡Vive Dios, Luna sangrienta,  
que de envidia diste el dardo  
a mi esposa, que a tu esfera  
suban mis brazos gigantes,  
con más olimpos y Flegras!

Echaréte de los cielos,  
porque los cielos no tengan  
envidiosas del valor  
de la virtud de la tierra;

ya saben que no eres casta,  
aunque de casta te precias;  
pregúntale a Endimión  
qué dice de tus flaquezas.

FABIO ¡Ah, señor, vuelve en tu acuerdo!

DORISTEO El alma tengo suspensa.

AURORA Y yo, en lugar de venganza,  
le ofrezco lágrimas tiernas.

DORISTEO Floris, yo fui desdichado  
en amarte; si mi pena  
es tan grande aborrecido,

¿cuál será la que le queda  
a quien fue de ti adorado?

Dadle, ninfas de estas selvas,  
sepultura en oro y jaspe,  
y acabe aquí la tragedia  
de la mujer que ha tenido  
más desdicha y más firmeza.